

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

← BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1909 →

NÚM. 1.414



VENDEDORA DE HUEVOS,

cuadro de José Ribera (1588-1656) existente en la Pinacoteca de Munich.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Por una mariposa*, cuento de Matilde Alanic. — *París. Monumento á Floquet*. — *El carnaval en el gran canal de Venecia*. — *Tríptico de Antonello da Mesina*. — *Enojada*, por Rafael Vehils. — *Ernesto Wildenbruch*. — *Barcelona. Distribución de ropas de abrigo entre familias pobres*. — *El actor Coquelin (el mayor)*. — *Ernesto Reyer*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *La salina de Slanic (Rumanía)*, por G. Renaudot.

Grabados.— *Vendedora de huevos*, cuadro de José Ribera. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *Por una mariposa*. — *En el jardín*, cuadro de Hugo Vogel. — Seis reproducciones fotográficas de deportes de invierno en varios países. — *París. Monumento á Carlos Floquet*, obra de Juan Descomps. — *El carnaval en el gran canal de Venecia*, cuadro de Mariano Barbasán. — *Alfredo Roll*. — *Célebre tríptico de Antonello da Mesina*. — *Enojada*. — *A la feria de Salamanca*, cuadros de Carlos Vázquez. — *Ernesto Wildenbruch*. — *Ernesto Reyer*. — *Coquelin (el mayor)*. — *Barcelona. Distribución de ropas de abrigo entre familias pobres*. — *Pozo principal y entrada de la mina de la salina de Slanic (Rumanía)*. — *Nueva York. Una antigua caballeriza convertida en casa de té*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Quién no lee novelas actualmente; quién no paga tributo á la novela, en una ó en otra forma? Ayer mismo, al salir del teatro Real, pensaba yo con sorpresa que, ya bien entrado el siglo xx, una novela de caballerías era lo que acabábamos de escuchar y de admirar por millonésima vez bajo el nombre de *Lohengrin*, y que por más que se hable del *crack* de la novela y se abomine del género en nombre de la moral y del utilitarismo—dos formas de una misma tendencia,—la novela, que se transforma como un Proteo, ni muere ni morirá mientras la humanidad exista.

Podría afirmarse que eso que llaman *crack* ó trueno de la novela, es el más claro síntoma de su supervivencia y estabilidad incommovible. Quizás la novela ha decaído, no en fertilidad ni en calidad, sino en venta, justamente porque ha aumentado de un modo extraordinario la producción; hablando como los antiguos economistas, porque la oferta es, en el momento presente, superior á la demanda, con ser la demanda más activa que puede haber sido jamás. Asusta la cantidad de novelas que ven la luz diariamente, en todos los países civilizados del globo, que también aumentan cada día, porque la civilización cunde tanto como la novela, y hay entre ambos fenómenos—el histórico y social y el literario—relación más íntima de lo que á primera vista parece.

A principios del siglo xix leían—los que leyeron entonces—novelas inglesas y francesas: se traducía, es cierto, lo mismo que ahora; pero el número de autores traducidos con algún éxito era corto; Walter Scott y Alejandro Dumas hacían el gasto. Tampoco abundaban los novelistas españoles, ni, con raras excepciones, pertenecían al número de los que publican de un modo periódico, como rinde el campo su cosecha. De todo ello resultaba que la cantidad de novelas que fuese posible leer, por mucho que agradase el género, era reducida. Acaso por lo mismo ejercían aquellas contadas novelas acción más enérgica en los espíritus. En el siglo xviii, Voltaire, que no pecaba de candoroso, se conmovía con *Clarissa* y *Pamela* lo mismo que un colegial.

Hoy las novelas nos vienen de todas partes, sin hablar de la frondosísima producción nacional. Los subgéneros de la novela (novela corta y cuento) son cultivados por tal muchedumbre de autores, que llamarles legión fuera poco, y habrá que denominarles ejército. La fecundidad, que era antaño la excepción, es hoy la norma, y cada novelista tiene en su activo, por lo menos, docena ó docena y media de obras publicadas, en preparación ó en prensa. El número de países productores de la novela va en aumento incesantemente. Hemos sido inundados por la novela rusa, la novela polaca y la novela escandinava; la alemana asoma; la italiana hace competencia; de Francia nos remiten un sinnúmero de novelitas; de los Estados Unidos lloven; y ahora se advierte que la América española no quiere ser menos que la América del Norte, y va criando su camada de novelistas, emancipándose así de nuestra tiranía y aspirando á formarse literatura novelesca propia.

* *

De tal abundancia de novelas y novelistas resulta lo que es lógico: se lee más novela y se lee menos cada novela aisladamente; se reparten el interés y la masa de lectores entre muchísimos más autores; la crítica—buena ó mala—no da abasto á juzgar, ni

aun á señalar á la atención del público las novelas que van apareciendo; bombos y palos producen menos efecto que nunca; la apreciación verbal, de boca á oído, ha llegado á ser la que decide del éxito de los libros de «amena y vaga literatura.» Las famas, acaso fáciles de improvisar, se hacen difíciles de sostener. Y es justo añadir que, en medio de todo, la producción no ha descendido en calidad. Las novelas que hoy se publican por millares, no son en conjunto inferiores á las que en otro tiempo se publicaban por centenares ó por veintenas (acaso esta proporción sea la más exacta). Se ha adelantado en las fórmulas, en lo técnico del trabajo; la idea de cómo se teje y enreda una novela, el conocimiento de los elementos aprovechables, la materia prima, se ha difundido entre los escritores. Esta habilidad, en Francia sobre todo, es ya vulgar, y explica cómo se produce allí tanta novela bien hecha, y tan semejante á las demás novelas igualmente bien hechas, que no dejan rastro.

Asimismo, este modo de ser actual de la novela, en plena sobreproducción (algo análogo sucede con el teatro), nos hace comprender el fracaso de las tentativas de escándalo novelesco. No pudiendo atraer la atención y captarla por medio de un arte y una destreza que van haciéndose tan comunes, se acude á lo extraño, y aun á lo antinatural, hipernatural y monstruoso, para conseguir que los distraídos vuelvan la cabeza y se fijen. Una novelista francesa, Rachilde, que no escribe mal—escribir mal ya es caso raro, á menos que se haga á propósito,—pone en prensa el cerebro continuamente para inventar aberraciones eróticas imposibles y quintaesenciadas, que no se le hayan ocurrido á nadie antes que á ella, y probablemente no se le volverán á ocurrir á nadie después. A fuerza de dar la nota sobreaguda, se obtiene un público especial; el público universal exige otras cualidades.

* *

Todo lo que sobre la novela y su absorbente incremento dejo dicho, me lo ha sugerido esta vez la lectura de una obra de autor americano, creo que bonaerense, la firma Enrique Larreta, y titúlase *La gloria de Don Ramiro*.

Desde luego observo algo en este libro que en alto grado me interesa.

Si hace veinte años un argentino escribe una novela, no sería jamás la que acabo de leer. Para que *La gloria de Don Ramiro* se haya pensado y trazado, ha sido indispensable que un cierto concepto de España se borre, y surja otro más reflexivo y más sentido, más histórico y romántico á la vez. Es preciso que una luz sombría—por decirlo así—haya esclarecido nuestro pasado y nuestro presente, mostrando sus diferencias y sus conexiones profundas; que la España, vista por franceses é ingleses, viajeros y noveladores, con el colorido de la pandereta y el compás del fandango, haya surgido más árida, más trágica, más seria, más vigorosa, en la conciencia de los que la han querido contemplar. Yo no pretendo sentar la conclusión de que la novela de Larreta contenga y cifre este nuevo concepto de la vida pasada española; sólo afirmo que es una de sus más claras y relevadas manifestaciones.

La gloria de Don Ramiro no se parece á las antiguas novelas históricas, en que un telón de fondo representaba el color local, y un birrete torcido, con desflecada pluma, la propiedad de la indumentaria. Desde *Salambó* acá, tales fantasías no son lícitas—y sin embargo continuaron aún largo tiempo su carrera.—Tampoco, realmente, es la obra de Larreta una novela histórica como *Salambó*—es decir, una novela que se funda en la historia.—He oído censurar á Larreta porque, en su libro, Felipe II sólo asoma en un instante, pasa como una sombra—lo mismo que en *El alcalde de Zalamea*,—y he defendido esta breve aparición del discutidísimo soberano. Larreta no estudia ni la personalidad del rey, ni aun su época histórica: en la portada del libro hay este subtítulo: «Una vida en tiempo de Felipe II.» Y una vida es en efecto lo que relata, ó por mejor decir, lo que cuaja á su manera en el molde novelesco: la existencia de un hidalgo, que tiene una mitad de sangre castellana y otra mitad morisca, y la melancolía y los impulsos de las dos razas enemigas bullendo en las venas.

En la niñez de don Ramiro (lo mejor del libro), hay algo que recuerda la fábula del *Comendador Mendoza*, de Valera. La madre, doña Guiomar, arrepentida de su pecado de amor con el morisco galán que escaló su ventana, quisiera destinar á la Iglesia al fruto de la maldita pasión, y le prepara para el claustro ó las órdenes. Pero hay un escudero viejo, Medrano, en la infanzona casa del abuelo de don

Ramiro—un escudero que es un retrato de Velázquez—que despierta en el muchacho el ansia heroica. Y esta doble corriente será la que siempre agite su alma, y tan pronto la incline á las aventuras y proezas como al misticismo, que al fin triunfa, en el ocaso de una existencia azarosa.

Hay en don Ramiro casi todas las tendencias de su época. España no se aquietaba aún; todavía añoraba las conquistas, las victorias, los degüellos, los viajes increíbles al través de nuevos continentes; aún sufría accesos de su admirable calentura cotidiana de tantos siglos, pero empezaba á encerrarse en el sueño de la unidad; la expulsión de moriscos y judíos se preparaba; y á la inquietud divina de los santos se unía la tendencia pagana de los humanistas—como el don Alonso Blázquez de la novela,—á quienes embelesa la hermosura del arte. A la vez, el descontento, no calmado desde las Comunidades, crecientemente entre la nobleza que ya no encontraba desahogo y camino para sus afanes de gloria y de triunfo, engendraba las disensiones, las pequeñas conspiraciones como la que ocasiona la ejecución de don Diego de Bracamonte, uno de los episodios más cincelados de la novela.

Porque la novela está *escrita*: en ella hay primor literario, al lado del elemento erudito, lecturas y viajes, visitas á monumentos, Museos y colecciones de anticuarios, para documentar sus páginas, como también estudio detenido del léxico de los antiguos clásicos españoles. Está *escrita* la novela, aun cuando se deslice, rara vez, algún americanismo, y con mayor frecuencia se nota cierta afectación que no es castiza, porque viene de las rebuscadas innovaciones del decadentismo francés. Ni una ni otra tacha son más que ligeros lunares. El cuerpo del estilo de la novela es castellano, sabrosamente sazonado de arcaísmo.

* *

He oído también reprender en esta novela—que á pesar de la abundancia del género no ha pasado inadvertida, como pasan las nueve décimas partes—la inferioridad de su segunda mitad respecto á la primera. Decae—dicen los censores.—Algún fundamento tiene esta crítica. Tampoco á mí me ha gustado completamente el episodio de la morisca Aixa. Acaso hayan existido moriscas así, á la vez místicas y tan alegres y dadivosas de su cuerpo; pero no nos comunica el autor su persuasión. El cuadro de los amóros entre el cristiano y la infiel, tantas veces pintado por novelistas y dramaturgos, desde Tamaño en *Locura de amor* hasta Marquina en *Las hijas del Cid*, tiene sin embargo en la novela de Larreta relieve y frescura. En general, la novela ofrece episodios hermosos, más que una narración seguidamente interesante. El auto de fe en que Aixa sucumbe, la muerte del perro rabioso, la degollación de Bracamonte, merecen toda alabanza, y no ha de escasearse porque carezca la novela de aquella apretada concisión de *Salambó*—por ejemplo y ya que he nombrado la obra de Gustavo Flaubert desde el principio.—Hay en el libro de Larreta más primor de pormenores que sobriedad y maestría de composición; hay más sugestión de caracteres que psicología; hay más incidentes que fábula. Hacia el final, dijérase que el autor se fatiga, y precipita el obscuro fin de su héroe, enterrado bajo aquella frase irónica: «Esta fué la gloria de don Ramiro...» Una flor de misticismo, única gloria de aquel ardoroso espíritu..., símbolo tal vez de España. Pero recuerden los nacidos en América con sangre española en las venas, que sin los don Ramiros y los don Hernandos y hasta los don Juanes, ellos no existirían. Hay hartas glorias diferentes en nuestro pasado.

* *

Con todo esto, el libro es de los que he leído con verdadera atención, gusto y sorpresa, entre los muchos que de América recibo. No hay sólo en él cualidades de descriptor, felices hallazgos de estilista: hay especialmente el caso de un americano prendado artísticamente, quizás á su despecho, del antaño español, penetrado de su belleza singular, única, y que se detiene á estudiarla, si no con amor, con reflexión y ahinco, en lo cual España, sin remedio, saldrá ganando, mientras ha perdido lo incalculable con los cromos de cajas de pasas de tantísimo francés como se ha venido aquí á descubrirnos en quince días. No ha vertido Larreta, ante la España divina del antaño, las lágrimas de emoción que dicen que vertió Washington Irving al besar la firma de Isabel la Católica; pero nos ha considerado despacio, y percibido resplandores de nuestra grandeza.

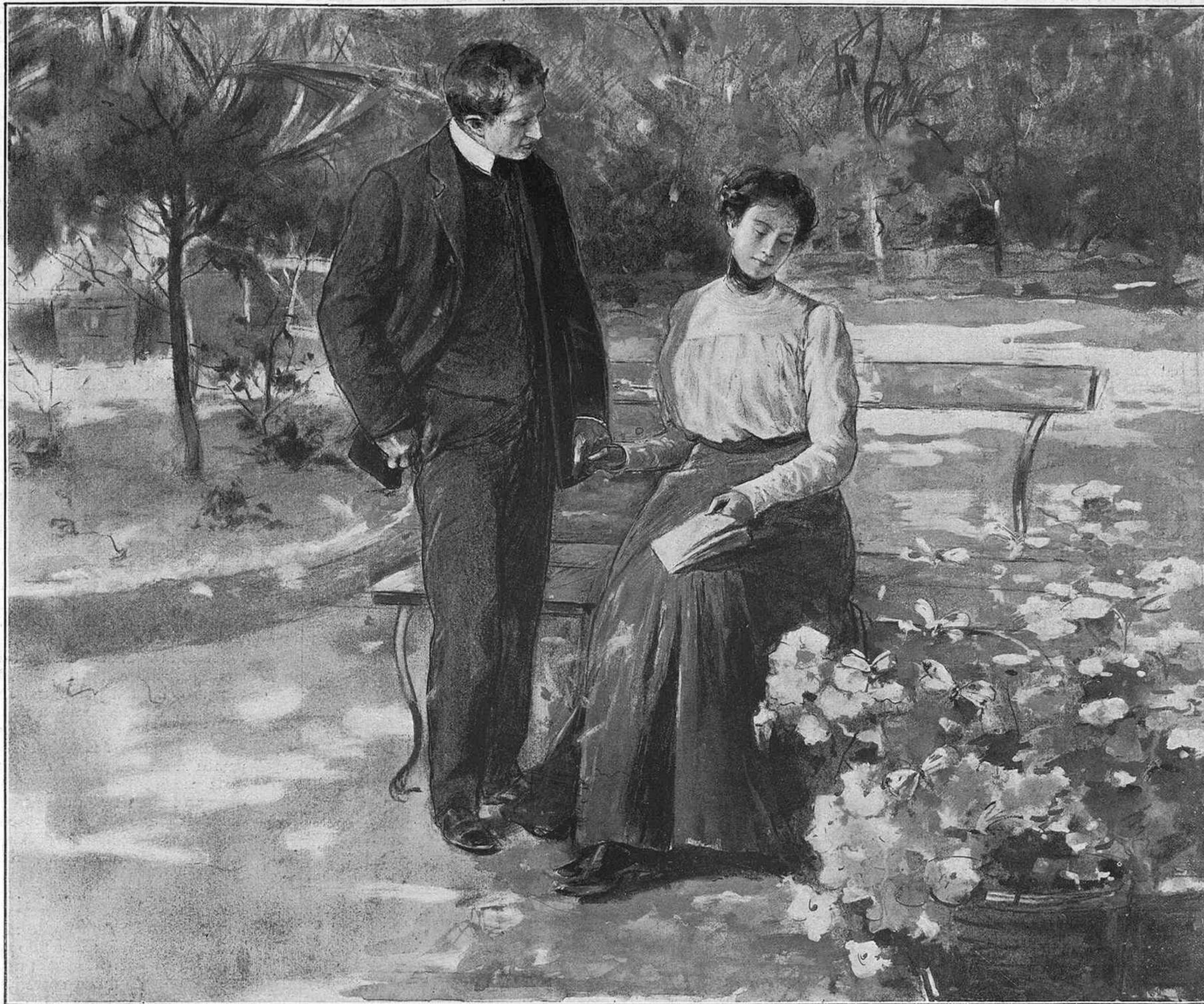
LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

POR UNA MARIPOSA, CUENTO DE MATILDE ALANIC. Dibujo de Mas y Fondevila (1)

—El señor no está en casa, dijo el portero cuadrándose en el umbral de su portería y mirando desdeñosamente al tímido visitante.

tos de mayo si había de volver á la ciudad negra y ponerse de nuevo en la noria, es decir, en términos más claros y más prosaicos, reanudar un trabajo

Verdadero valor necesitaba para ello, pues no habían dejado de hacerle presente las dificultades que la cosa ofrecía. El Sr. Perlot Laroche, al anun-



Y en torno de ellos, bajo los aterciopelados follajes del gran parque, revoloteaban las mariposas de la primavera

—¿Y no sabe usted cuándo volverá el Sr. Perlot-Laroche?, preguntó Aubin Martial.

El rubicundo cancerbero encogióse de hombros y abrió los brazos en un gesto expresivo que se dignó comentar con estas palabras:

—Quizás hoy, quizás mañana, no lo sé á punto fijo.

Aubin suspiró, y dejando una tarjeta y una carta, murmuró:

—Pues cuando vuelva, hágame usted el favor de entregarle esto.

Después se alejó por el caminito que dando vuelta al parque conducía á la estación.

Encorvado, con los ojos fijos en el suelo y con aire de tristeza, andaba el joven á buen paso. En vano los aguzanieves corrían graciosamente delante de él por el sendero; en vano los rosales silvestres se agarraban á sus ropas como invitándole á fijarse en la frescura de sus flores; Aubin permanecía insensible á esos arrumacos de la primavera.

Y sin embargo, era un poeta, uno de esos seres absurdos y privilegiados que se extasían ante una florecilla que crece en los trigales, ante un pintado insecto; pero actualmente su alma estaba cerrada á esas sensaciones... ¿Para qué contemplar los encan-

monótono, aborrecido, antipático?.. Porque por desgracia, los poetas no viven únicamente de letrillas y baladas, y Aubin, solo en el mundo, sin fortuna y sin relaciones, no tenía más medios de subsistencia que un modesto empleo en la contabilidad de una fábrica, posición cuya presente penuria no estaba compensada por ninguna probabilidad seria de un futuro mejoramiento.

Se pasaba, pues, desde la mañana á la noche escribiendo números en un gran libro, y con pesar comprendía que en aquella labor acabarían por atrofiarse sus hermosas facultades de alegría y entusiasmo. Un día supo que el Sr. Perlot-Laroche, el famoso historiador que á su condición prodigiosa unía singulares dotes literarias, buscaba un secretario suficientemente ilustrado para ayudarle á poner en orden su importante biblioteca recientemente instalada en Marvaux, y esa noticia le hizo concebir alegres esperanzas: tocar buenos libros, dedicarse á una tarea interesante, vivir en una atmósfera inteligente, al lado de un hombre cuyo talento y cuya personalidad imponían universal respeto, ¡qué dicha!

Aubin conocía por casualidad á un amigo de infancia del académico ilustre, y sacudiendo su timidez inveterada pudo obtener de él una carta de recomendación, pidió un día de licencia, que su principal le concedió á regañadientes, y partió emocionadísimo para Marvaux.

ciar unos meses antes su propósito de fijar su residencia en su país natal, no había disimulado el deseo que sentía de vivir apartado del mundo, á solas con su hija y en medio de sus libros y de sus flores; pero su alta notoriedad era incentivo suficiente para que sus conciudadanos continuaran ocupándose de él, y los embellecimientos de la quinta, el gran órgano del hall, las plantas preciosas de los invernaderos, el taller de pintura instalado en la torrecilla y la misma joven dueña de la casa sirvieron sucesivamente de tema á las habladurías. Todo el mundo supo muy pronto la causa de la pasión que la señorita Perlot sentía por la soledad y de su melancolía que se revelaba en las acuarelas extrañas ó en las fugitivas de la joven, artista original y dotada de gran sensibilidad. De salud delicada y hasta, según se decía, ligeramente contrahecha á consecuencia de una caída terrible que sufriera en su niñez, á Dionisia, con su nerviosidad enfermiza, su impresionabilidad exagerada y su exagerada desconfianza en sí misma y en los demás, todo contacto con personas extrañas ó indiferentes le infundía miedo y le causaba una turbación que llegaba hasta producirle un sufrimiento.

En estas condiciones, padre é hija habían de mostrarse por fuerza exigentes en la elección de la tercera persona que habría de compartir su intimidad.

Dos ó tres secretarios admitidos por vía de ensayo habían sido despedidos sucesivamente. Aubin lo

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

sabía; pero con la temeridad propia de todo cobarde cuando se exalta, decidió, á pesar de todo, probar fortuna. Una supersticiosa confianza le animaba mientras se dirigía á la casa del Sr. Perlot Laroche, haciéndole presentir que si alguna vez su vida debía transformarse había de ser aquel día y no otro. Sentía la cabeza despejada, la lengua suelta y el corazón animoso; sí, hablaría..., conmoviera y convencería al sabio historiador... Pero toda aquella excitación habíase desvanecido delante del portero...

Ahora Aubin, con la cabeza baja, regresaba tristemente á la estación, diciéndose que aquella ocasión perdida no volvería ya á presentarse... ¿Para qué hacerse ilusiones?

Además, la codiciada plaza quizás estaba ya concedida á otro más listo, más afortunado, que había sabido llegar en el momento propicio..., al paso que él, Aubin Martial, siempre sería un desgraciado.

El rojo tejado de la pequeña estación brillaba herido por los rayos del sol poniente. Aubin entró en la sala de espera, dejóse caer en un banco, y apoyada la barba en las manos y los codos en las rodillas, prosiguió sus tristes meditaciones indiferente al mundo exterior. Al cabo de unos instantes produjose en su campo visual una agitación, y Martial advirtió que tenía fijos los ojos en dos faldas, una de sarga blanca y otra de lana oscura, que hasta entonces habían permanecido inmóviles enfrente de él. La persona que llevaba la falda oscura habíase de pronto levantado lanzando un grito de repugnancia.

—Señorita, mire usted ese animal..., allí..., en el suelo... Voy á aplastarlo... No hay nada que me dé más asco que esos gusanos...

—Déjela usted, Luisa, respondió la de la falda blanca; es una pobre mariposa que tiene rotas las alas..., por nada del mundo la tocaría por miedo de matarla... Hace un rato que la estoy mirando... Vea usted con qué energía reúne todas sus fuerzas para procurar salir de aquí y encaminarse hacia la luz de fuera...

Impresionado por aquellas palabras y por aquella voz de entonaciones cálidas y suaves, Aubin levantó maquinalmente la cabeza y vió una forma endeble envuelta en una *toilette* vaporosa, un rostro pálido, dos grandes ojos negros cruzados de rayas de oro, y luego dirigió su mirada al animalito que tenía cautivada la atención de la desconocida.

Una cosita encarnada y negra moviase trabajosamente en el suelo, y era realmente conmovedor el esfuerzo de aquella insignificancia, de aquel átomo animado, guiado por un vago instinto hacia aquella puerta para morir siquiera en la frescura del césped.

Pero antes de llegar, ¡cuántos abismos había de sortear, cuántos obstáculos había de vencer! El insecto luchaba denodadamente, oscilaba, caía, levantábase y seguía avanzando..., estorbado en su marcha por todo lo que antes le servía para volar por los aires... Sus bellas alas de color de púrpura, que eran ahora un peso inútil, pendían inertes, desgarradas, manchando miserablemente su finísimo encaje en el polvo, mientras que sus antenas, acostumbradas á las delicadas caricias, heríanse en las asperezas del suelo. ¡Cuán duro, ay, es, lo mismo para un alma que para una mariposa, arrastrarse cuando se ha nacido para volar al gre y libremente!, díjose Aubin poseído de un extraño interés y asimilando involuntariamente su destino al de aquel pequeño ser estropeado. También él, ¿no agotaba acaso sus fuerzas en un combate doloroso y tenaz en el que se rompían sus alas, y se arrastraba sufriendo por el suelo, cuando un poco de sol y de aire le bastaría para vivir dichoso?

Un suspiro lanzado por su vecina atrajo de nuevo su mirada hacia la joven; las pupilas negras de la

desconocida, que continuaban fijas en el insecto moribundo, habíanse velado de singular tristeza.

—También esa sufre, con sufrimiento agudo y disimulado, díjose Aubin.

Y sus ojos debieron revelar evidentemente una compasión simpática que mortificó á la desconocida, porque frunció las cejas y sus pestañas sedosas se



En el jardín, cuadro de Hugo Vogel

cerraron, como se cierra una ventana ante las miradas de un indiscreto.

Aubin se sonrojó y se estuvo quieto; sin embargo, aquella blanca y encantadora figura le atraía invenciblemente, y para poner fin á la tentación de mirarla, salió bruscamente de la sala de espera apenas un lejano silbido anunció que se acercaba un tren. A sus pies, junto al escalón de la puerta, vió al animalillo, del que hacia unos minutos se había olvidado; sin duda al llegar al borde del peldaño habíale faltado el terreno, y aquel ser minúsculo y desdichado había caído de espaldas y allí yacía medio enterrado en la arena, agitándose todavía débilmente y expuesto á ser aplastado por el primero que pasase.

En presencia de aquella agonía lamentable, fin de tan desesperados esfuerzos, el corazón del joven se enterneció...

—¿Por ventura una mariposa no tiene algo de poeta? Pues bien, entre colegas hay que ayudarse, pensó sonriéndose de su propia puerilidad.

Y cogiendo con precaución el insecto, que sintió como un sobresalto de espanto, depositó la mariposa moribunda en el seno de una rosa del rosal que circuía el marco de la puerta... Aquel ser que un día tuvo alas, ¿podía morir de otro modo que entre flores? Pero al formularse á sí mismo esta delicada pre-

gunta, Aubin se sonrojó de pronto; los ojos negros habían seguido evidentemente aquella escena y le miraban con singular asombro.

—¡Soy un ente ridículo!, díjose el pobre muchacho con la turbación de quien ha sido sorprendido en flagrante delito de sensiblería.

Afortunadamente para él, llegaron en aquel instan-

te los dos trenes que en aquella estación se cruzaban, y Aubin Martial, que había de tomar el que se dirigía á la capital, subió á un modesto compartimiento de tercera, en tanto que los viajeros del otro descendían por el lado opuesto. El joven lanzó de pronto una exclamación de sorpresa al ver entre estos últimos al original del retrato que tantas veces había contemplado... Aquellas largas patillas blancas; aquella fisonomía distinguida; aquella roseta de la Legión de Honor... ¡No cabía duda, era el Sr. Perlot-Laroche!..

—¡Ah!, murmuró. ¡Mi eterna mala sombra! ¡No haber podido verle teniéndolo tan cerca!.. ¿Si me quedase?..

Asomóse perplejo á la ventanilla y vió con estupefacción á la joven del vestido blanco cogida del brazo del académico.

—¡La señorita Perlot!.. ¿Cómo no me lo he figurado?.. Pero dicen que es contrahecha y no lo he advertido... Sólo he visto que tiene unos ojos de hada y una frente de ángel... ¡Y de fijo que le habré desagradado!.. Me ha tomado por un hombre descortés... ¡Aquella mirada que me ha dirigido!.. ¡Qué encuentro tan funesto!..

Toda la noche persiguióle en sus sueños el brillo de aquellos dos ojos negros, altivos y tristes..., y al día siguiente los vió relucir todavía al través del gran libro de cuentas... Nunca se había sentido tan pequeño, tan pobre, tan impotente... Y al terminar su faena regresó á su casa con el alma ensombrecida. Pero á la puerta le esperaba la fortuna en forma de una carta que le entregaba su portera, una carta que llevaba el sello de Marvaux y que decía: «Sírvese el Sr. Martial presentarse el próximo domingo en casa del Sr. Perlot-Laroche...»

Aubin fué no sólo el secretario, sino el discípulo del augusto académico, al cual sintióse unido por la gratitud y por el cariño. Su talento, sometido á una misteriosa y bienhechora influencia, bien dirigido y estimulado, se desarrolló y se consolidó tres años después con un drama cuyo pensamiento y cuyos hermosos versos sonoros le valieron los aplausos del público,

el aprecio de los literatos y algo más valioso para él, la alegría de una confesión largo tiempo esperada...

¡Dichosos los poetas!.. Las hadas los protegen, los envuelven en nubes de oro, hacen nacer flores á su paso y les dan la felicidad... ¡por una mariposa!

—Sí, por una mariposa, murmuraba la acariciadora voz de Dionisia, embellecida y vigorizada por la confianza y por el cariño. Porque aquella acción tan sencilla me hizo ver la exquisita bondad de tu alma. Yo, que me consideraba como una vencida, tuve la curiosidad de querer conocer al hombre capaz de una idea tan bella y de aquella afectuosa piedad para los débiles. Fácil me fué saber quién eras, gracias á la tarjeta que habías dejado y á la descripción que de ti nos hizo el conserje... Aconsejé á mi padre que te escribiera, y pude comprobar que mi primera impresión no me había engañado... Y de esta suerte nuestras almas, que se habían aproximado en un minuto de compasión, acabaron por fundirse poco á poco en una sola...

Diciendo esto, contemplábase amorosamente, con mirada diáfana deliciosamente hermosa... Y en torno de ellos, bajo los aterciopelados follajes del gran parque, revoloteaban las mariposas de la primavera, agitando en el polvillo de oro de un rayo de sol...

DEPORTES DE INVIERNO EN VARIOS PAISES



Alquiladores de patines en el bosque de Bolonia en París



Alquiladores de zapatos de paja para los que no quieren patinar



Un skiator arrastrado por una motocicleta en Alemania



Trineo movido por medio de dos palos



Carrera al trote sobre el hielo en Noruega



Patinação á la vela en Noruega

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius, de París.)

PARIS

MONUMENTO Á FLOQUET

Hace doce años murió en París Carlos Floquet, el eminente hombre público que desde los más modestos comienzos supo elevarse hasta los más altos puestos de la política. Fué abogado, periodista, diputado, prefecto del Sena, senador, presidente de la Cámara de Diputados y del Consejo de Ministros, y en todos esos cargos defendió siempre los principios republicanos radicales.

El apóstrofe que, durante la Exposición Universal de 1867, dirigió al tsar Aléjandro II, diciéndole en público «Caballero ¡viva Polonia!» acreditóle de espíritu independiente; y su desafío con el general Boulanger, en 1888, aumentó considerablemente su popularidad, ya muy grande.

A su memoria han erigido los franceses el notable monumento que adjunto reproducimos y que será solemnemente inaugurado el día 28 del actual.

EL CARNAVAL EN EL GRAN CANAL DE VENECIA, CUADRO DE M. BARBASÁN.

La hermosa ciudad de las lagunas, en uno de sus aspectos, ha servido esta vez al distinguido artista Sr. Barbasán para ejecutar una de sus bellas obras que ofrece la circunstancia de reproducir la imborrable perspectiva que ofrece el gran canal cruzado por las góndolas, los buques de gran porte y á lo lejos los suntuosos palacios, todo ello representado con el movimiento y la animación propios del Carnaval, que tanta celebridad adquirió en Venecia.

Barbasán dedica á Italia, en donde reside hace algunos años y en donde se hallan sus más caras afecciones, el esfuerzo de su inteligencia y su maestría, correspondiendo así á la consideración y simpatía que se le dispensa.



París.—Monumento erigido á la memoria del eminente político Carlos Floquet, en la Avenida de la República, que próximamente inaugurarán el presidente de la República y el del Consejo de Ministros. Obra del escultor Juan Descomps. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL EMINENTE PINTOR ALFREDO ROLL

La Sociedad Nacional de Bellas Artes ha procedido hace pocos días á la elección de su presidente

por un período de tres años, por haber cesado el mandato que dos veces consecutivas se había confiado al eminente pintor A. Roll.

Desde hacía tiempo los individuos de la Sociedad habían expresado sus deseos de elegir por tercera vez para tan elevado cargo al célebre artista; en su consecuencia, habíanse retirado todas las otras candidaturas posibles, y Roll fué nuevamente elegido casi por unanimidad.

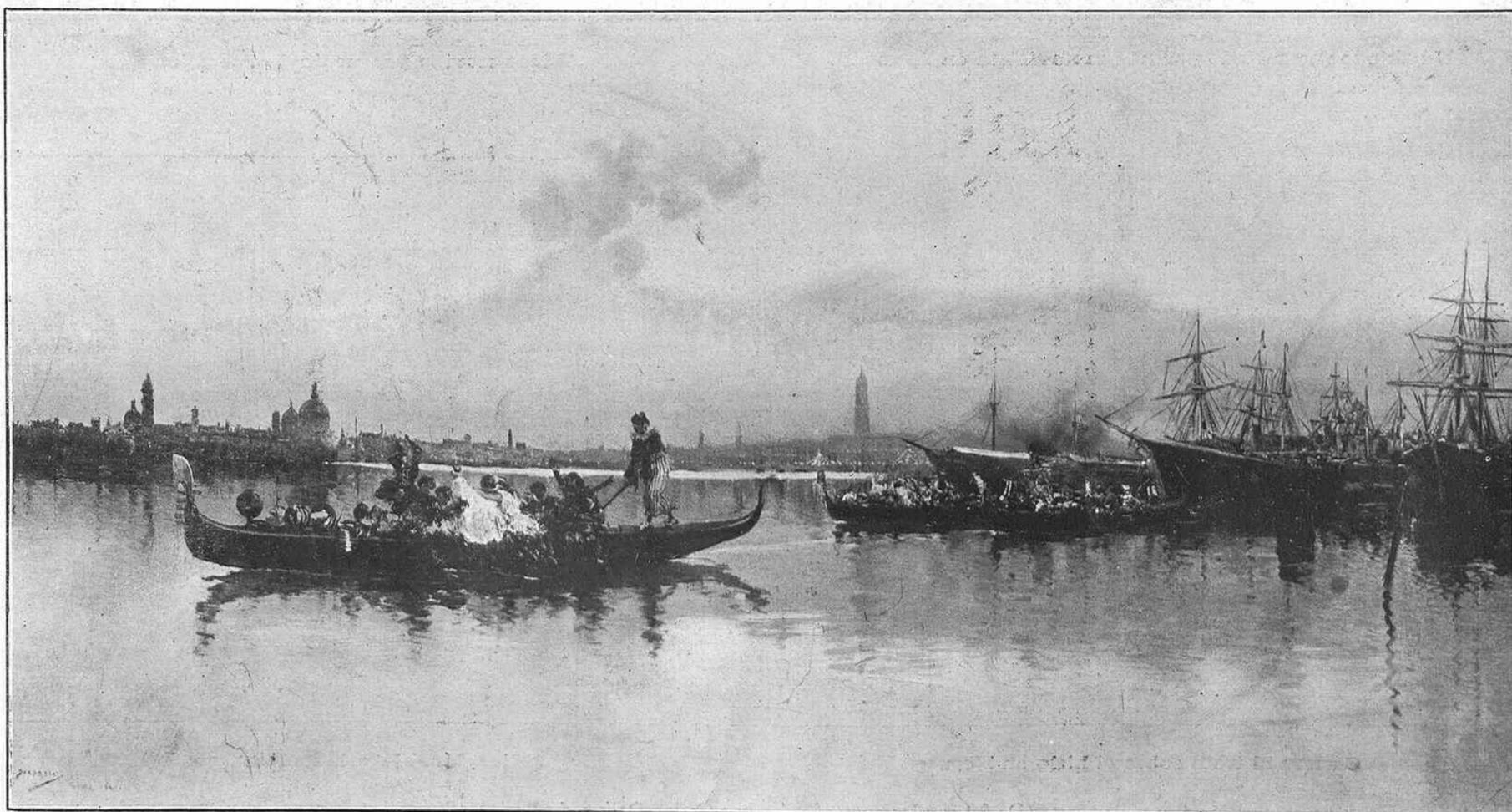
Roll es uno de los pintores que de mayor celebridad gozan en París, y los cuadros que anualmente expone en el Salón son uno de los principales ornamentos de esas grandes manifestaciones artísticas anuales. Hasta hace algunos años sus pinturas respondían á un temperamento realista; pero desde entonces las tendencias de Roll han sido cada vez más hacia el idealismo, pudiendo considerarse como una joya de gran valía, en este género, la grandiosa composición que presentó en el Salón del año pasado, titulada *Hacia la naturaleza, por la humanidad*.

TRIPTICO DE ANTONELLO

DA MESINA

Innumerables son las joyas artísticas que los recientes terremotos de Italia han destruído, y muy contadas las que han podido salvarse de la espantosa catástrofe. Una de estas pocas es el célebre tríptico de Antonello da Mesina que reproducimos en la siguiente página y que ha podido ser extraída indemne de entre las ruinas de aquella ciudad que dió nombre al famoso pintor del siglo xv.

Antonello da Mesina nació en Mesina en 1414, recibió las primeras lecciones de arte de su padre Salvatore d'Antonio, estudió en Roma y comenzó á darse á conocer en Palermo. Enamorado del arte de Van Eyck, fué á Flandes, en donde aprendió de aquel maestro el secreto de la pintura al óleo. Muerto Van Eyck, establecióse en Venecia, en donde conquistó gran fama y falleció en 1493.



El carnaval en el gran canal de Venecia, cuadro de Mariano Barbasán. (Exposición Miralles.)

ENOJADA

Ante un lienzo del maestro C. Vázquez

(Véase la lámina de la página 96.)

Fué la segunda noche de su estancia en París.

Absortos en la dulcedumbre egoísta de su luna de miel, entre espumas de risas y languidecer de los ojos acariciadores, vagaron por la urbe bullidora, ajenos á todo en el saboreo de su bella juventud, golosa de felicidad y avara del placer.—placer de amor, placer efímero que, fugitivo, resta pronto zaguero en el incesante devanar de la vida.

Llegada la noche, vistieron sus frescas galas y fueron á la Opera.

El brillo del medio, sugestionándolos, los distrajo de su arrobamiento. El aire de extranjería, imposible de ocultar á la perspicacia aguda del parisiense; el habla española, dulce y sonora, con sus notas vibrantes de cristal, sus graves acentos de hidalguía rígida, sus graciosas flexibilidades y sus languideces orientales, atrajo la atención de los espectadores más cercanos; y la belleza castiza de Nieves, su perfil correcto y fino, la tez arrebolada, el negro trazo dual de las cejas destacando en ella, los cabellos castaños de áureo reflejo y los ojos, los hellos ojos hechiceros, brillantes ó velados, siempre enigmáticos en la oquedad sombría que simulaban las ojeras, ejercieron su hechizo.

Los borníes de frac y alba pechera pasaban estrujándose á su vera para mirarla en su vestidito de raso lila, sencillo y amplio, de alto escote, tan distinto de los trajes ondulantes de las parisienses, que acusaban las íntimas flexiones del cuerpo ciñendo sus talles serpentinos y descubrían la nivea morbidez y el suave palpitar del seno.

Pero el encanto era sólo momentáneo. Así lo comprendió Nieves. Las miradas codiciosas se desviaban, la dejaban muy pronto; los ojos de fuego quedaban vencidos por las encarnaciones tentadoras, las rosadas carnes veteadas por la red azulina de las venas. Luego vió á Santos absorto, cautivado por las otras, y adivinó en su desvío las remembranzas de su vida pretérita, fecunda en triunfos de amor. Y una envidia punzante, envidia singular que trascendía á ansias ignotas, deseos borrosos, le laceró el alma.

* * *

La cena terminaba fríamente.

Santos Corona permanecía silencioso, absorto en sus recuerdos, á pesar de su empeño en libertarse de ellos por un piadoso y oportuno olvido.

Nieves lo adivinaba, y el despecho, unido á la rara turbación sentida poco antes, le sellaban los labios.

La conversación moría en frases sueltas y, como jirones, distanciadas, deshechas.

En la cálida penumbra del gabinete del *restaurant*, oculto á toda indiscreción por la vidriera de colores y los amplios visillos de muselina malva, los jóvenes esposos destacaban los garridos cuerpos bajo la lámpara incandescente que vestía una pantalla roja.

Sobre el mantel lucían las copas de *champagne*, pebeteros de oro líquido y espuma, la cafetera vienesa que destellaba reflejos, el blanco lechoso de las

tazas y el rojo esmalte de las cerezas que empalidecía las rosas de un búcaro azul.

Nieves, algo ladeada en la silla que á su cuerpo servía de plinto, apoyado sobre la mesa el brazo, nervioso y fino, deshojaba una rosa que sangraba

—Regálame uno escotado. ¡Son tan bonitos!
—¿De esos que para cubrir lo d... cubren todo? De ningún modo.
—¡Pero si es moda!
—No hay moda que valga. ¿Crees tú que voy á

consentir que exhibas tu cuerpo de esa manera? No lo quiero.

—¡Qué ridiculez!
—Hoy en día todo lo que significa recato, pudor y hasta moralidad es ridículo. Pero qué quieres hacerle, no lo quiero porque no me gusta.

—¿No te gusta? No lo parecía cuando tanto mirabas á las otras.

—¡Ah, ya comprendo! Quisieras ser como ellas. Sí, sí, no lo niegues, porque te he entendido perfectamente. Es inútil, no he de consentirlo...

En el aire flotaron las últimas palabras.

De la rosa inocente no quedaban más que los pétalos dispersos que los dedos ajaron despiadados.

Santos Corona miró á Nieves, larga, intensamente. Señaló el pecho su izquierda mano y con voz melosa adujo:

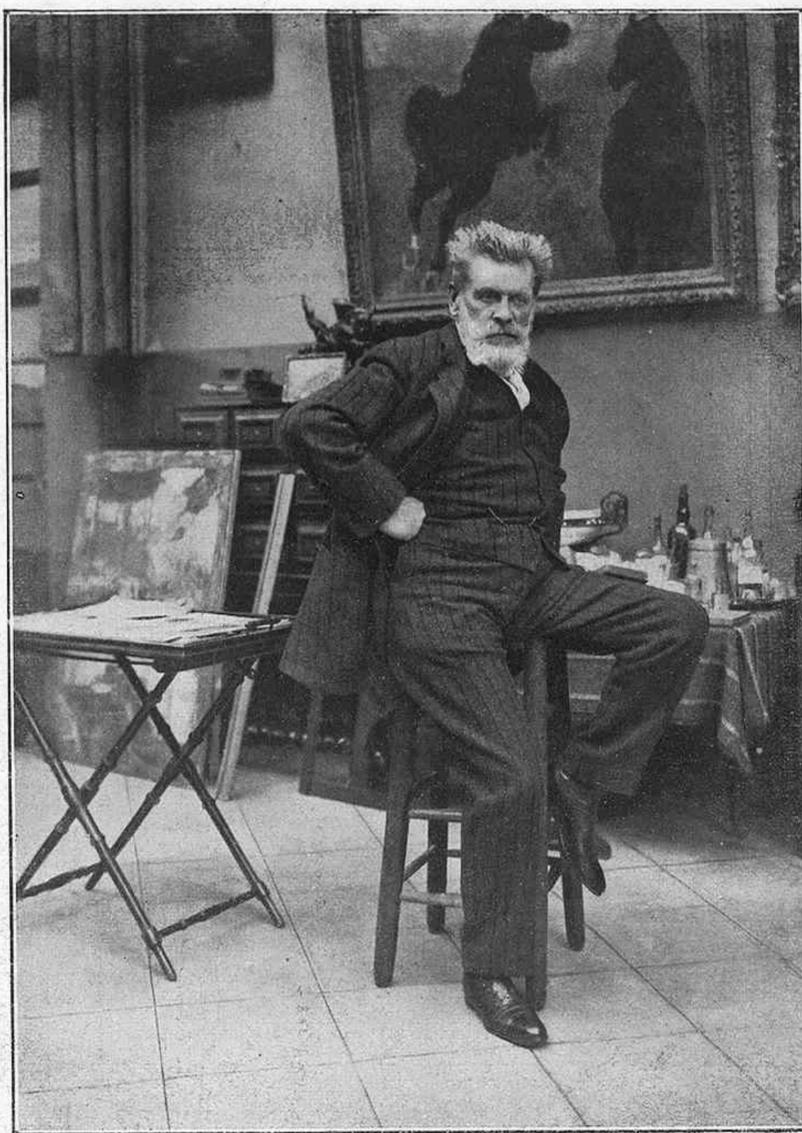
—Has de acordarte siempre, nena, de que tú, toda tú, eres mía..., *sólo mía*.

Después se levantó, tiró el cigarro, se acercó á ella, asió la cabeza gentil de la esposa, buscó su mirada profunda, caliente, y bañándose en ella musitó:

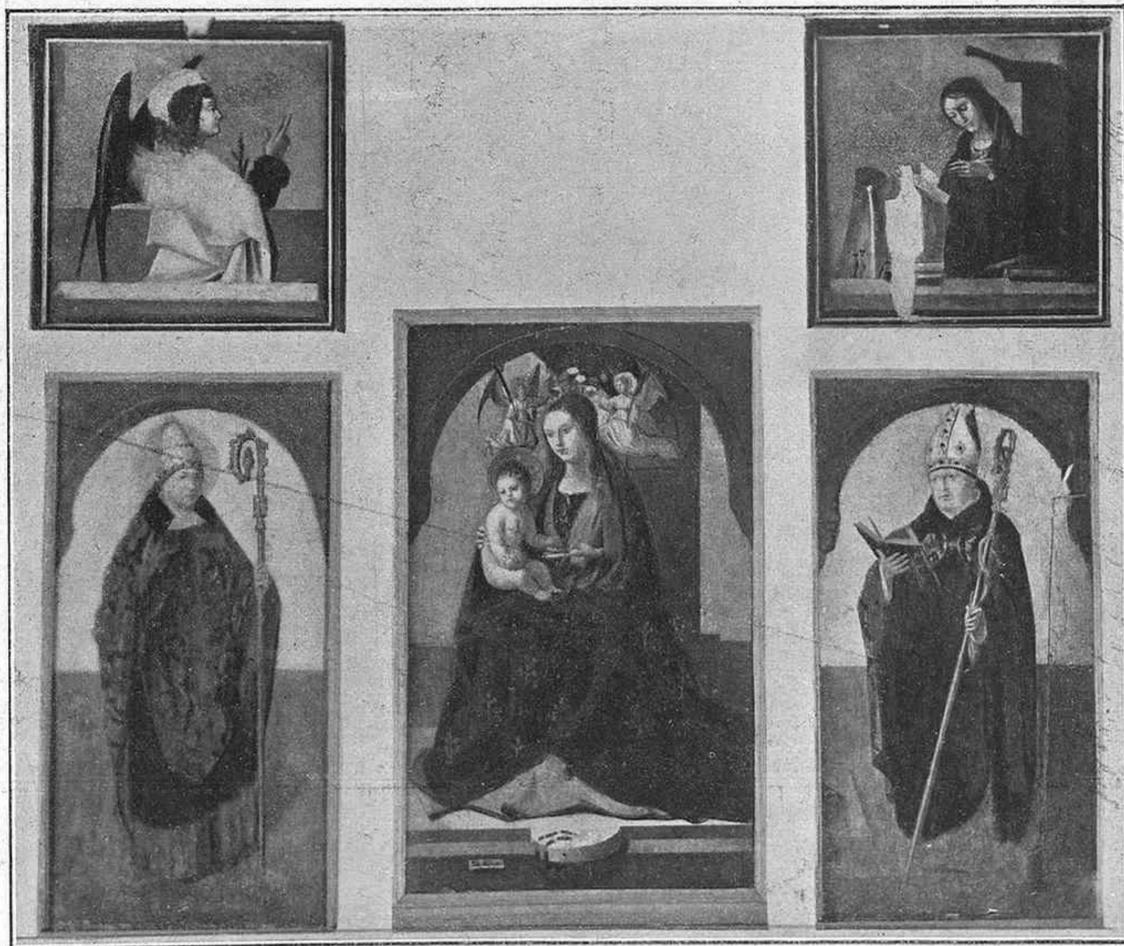
—Sólo mía, ¿entiendes?

Y en un beso largo, glotón, el pristino impulso de rebeldía quedó vencido.

RAFAEL VEHILS.



El célebre pintor francés Alfredo Roll, reelegido presidente de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. (De fotografía de World's Graphic Press. París.)



Célebre tríptico de Antonello da Mesina (siglo XVI) que ha sido encontrado indemne entre las ruinas de Mesina (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

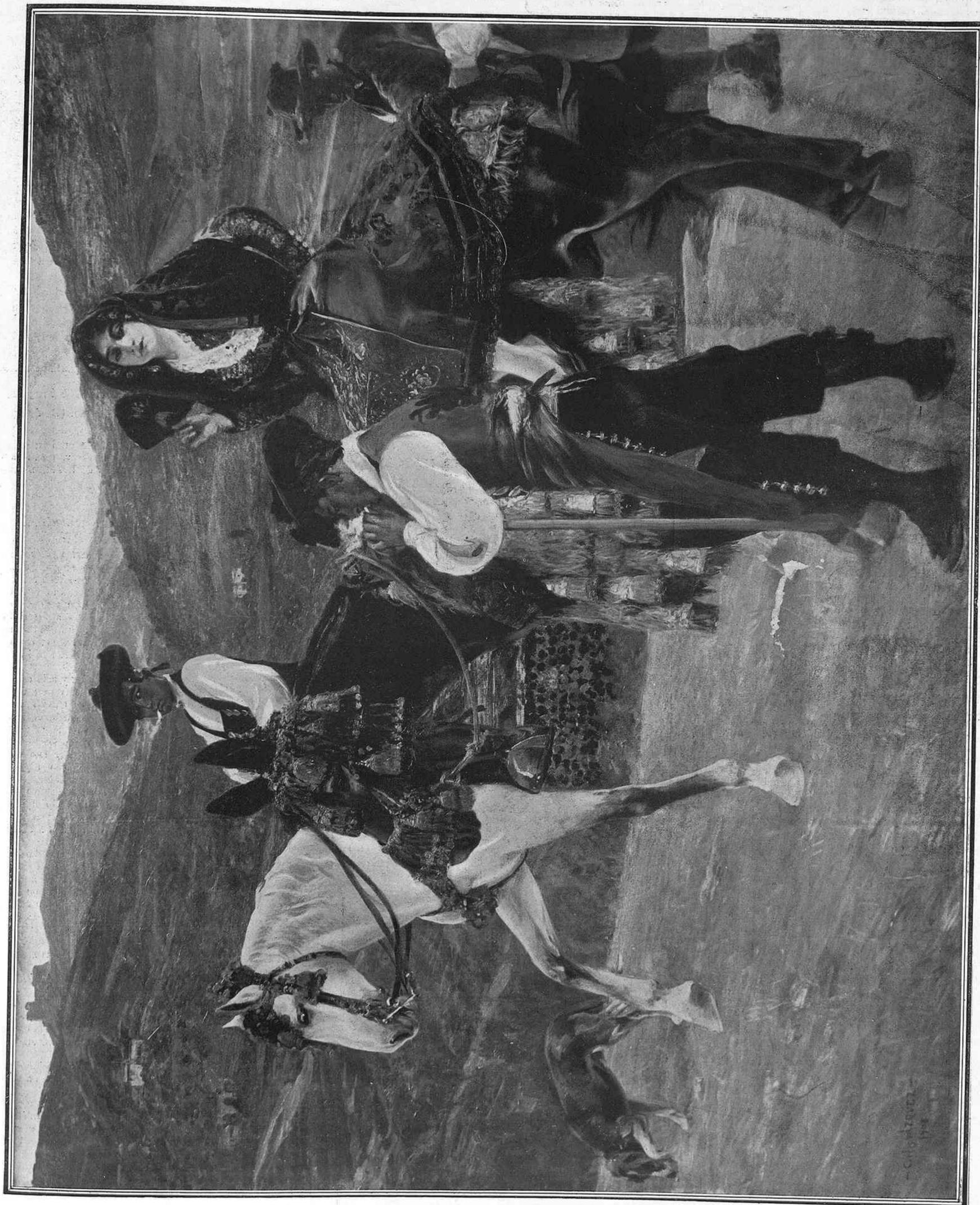
entré sus dedos. El misterio insondable de los ojos parecía velado por los párpados, y sobre el ritmo imperceptible del pecho los brillantes del collar irradiaba

Y en un beso largo, glotón, el pristino impulso de rebeldía quedó vencido.

RAFAEL VEHILS.



ENOJADA, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón Parés.)



A LA FERIA DE SALAMANCA, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón Parés.)

ERNESTO WILDENBRUCH

A la edad de sesenta y cuatro años ha fallecido en Berlín este poeta eminente. Su muerte ha causado honda emoción en toda Alemania, pues aun los mismos que no comulgaban en su escuela, han apreciado siempre el valor literario de esa personalidad que en los momentos de la decadencia de la poesía dramática alemana, cuando imperaban en aquella escena los autores franceses ó sus imitadores, supo despertar en el público el sentimiento de los ideales nacionales más elevados, ofreciéndole en sus dramas los hechos más notables de su historia.



El eminente poeta alemán Ernesto Wildenbruch, fallecido en Berlín en 15 de enero último. (De fotografía.)

Wildenbruch descendía de la familia de los Hohenzollern. El príncipe Luis Fernando, el Alcibíades alemán, como se le llama, que murió en 1806 en la batalla de Saarfeld, tuvo de su unión con Enriqueta Fromm un hijo y una hija, que en 1810 recibieron el apellido de Wildenbruch, nombre de una posesión señorial; el primero, que desempeñó altos cargos públicos, fué el padre de Ernesto. Nació éste en 3 de febrero de 1845 en Beirut (Siria), en donde su padre era cónsul general de Prusia, y de niño estuvo en Atenas y en Constantinopla. Siguió luego la carrera militar, y en 1863 entró en un regimiento de guardias de Potsdam; pero cuatro años después, poco satisfecho de la profesión de las armas, estudió Derecho. En 1870 hizo la guerra franco-prusiana y en 1877 ingresó en la carrera diplomática, en la que ocupó algunos puestos importantes y fué uno de los auxiliares de Bismarck.

Desde algún tiempo antes dedicábase, sin embargo, con especial predilección á la poesía, habiendo publicado en 1874 y 1875 dos poemas, *Vionville y Sedán*. En 1880 escribió su novela griega *El maestro de Tanagra*. Wildenbruch ambicionaba, desde que empezó á escribir, el aplauso del teatro; y esta ambición no pudo verla realizada en muchos años, porque todas las empresas rechazaban sistemáticamente sus obras, una de las cuales, *Los Menonitas*, fué representada por los estudiantes berlineses. En 1881, el duque de Meiningen hizo representar *Los Carolingios*. En 1882 pudo al fin ver colmados sus deseos, y desde entonces el público se entusiasmó con sus dramas, vigorosos, llenos de pasión y de amor patrio y admirablemente compuestos, y vió en Wildenbruch el iniciador del renacimiento de la literatura dramática alemana.

En su primera época escribió *Haroldo, Padres é hijos, Cristóbal Marlow, El nuevo mandamiento*; después dió al teatro, entre otras obras, *Los Quitzow, El nuevo señor, Enrique y su descendencia, La hija de Erasmo, El rey Laurín, El canto de Eurípides y La hija de Rabenstein*.

También en la novela cosechó abundantes laureles, siendo con razón considerado como uno de los primeros novelistas alemanes contemporáneos.

El *Berliner Tageblatt*, al dar cuenta de su muerte, decía: «Alemania entera, en duelo, se junta alrededor de uno de sus hombres más eminentes.»

BARCELONA. — DISTRIBUCIÓN DE ROPAS

DE ABRIGO ENTRE FAMILIAS POBRES

El domingo, día 24 del próximo pasado, efectuóse en el Palacio de Bellas Artes un acto en extremo simpático, como lo son todos aquellos que tienen por objeto el ejercicio de la caridad.

Cuando los comisionados de Tolosa y de Luchón, de cuya reciente visita á Barcelona dimos cuenta en el número 1.410 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se despidieron de nuestra primera autoridad municipal, los alcaldes de las citadas poblaciones le entregaron 5 000 y 500 francos respectivamente para los pobres de esta capital. El presidente de la Cámara de Comercio tolosana hizo á su vez, con igual fin, un donativo de 1.000 pesetas.

El alcalde accidental barcelonés Sr. Bastardas determinó con muy buen acuerdo invertir aquellas cantidades en ropas de abrigo para familias pobres, repartiendo al efecto bonos entre gente verdaderamente menesterosa. El canje de estos bonos y la distribución de las prendas correspondientes se realizó, como hemos dicho, en el Palacio de Bellas Artes bajo la dirección del Sr. Bastardas y del concejal Sr. Fargas de la Flor, quienes entregaron los correspondientes lotes á las muchas personas necesitadas que acudieron á recoger la limosna.

Las prendas distribuídas fueron: 900 mantas para cama, 960 elásticas de abrigo, 960 camisas finas, 960 chambras, 140 docenas de pares de calcetines, 130 docenas de pares de medias, 30 trajes de punto y 185 pañolones de lana.

EL ACTOR COQUELIN (EL MAYOR)

El eminente actor fallecido en Pont-aux-Dames hace pocos días, había nacido en Boulogne-sur-Mer en 1841. Discípulo de Regnier en el Conservatorio, obtuvo en 1860 un segundo premio de comedia y debutó en seguida en la Comedia Francesa, en la que fué admitido como socio en 1864.

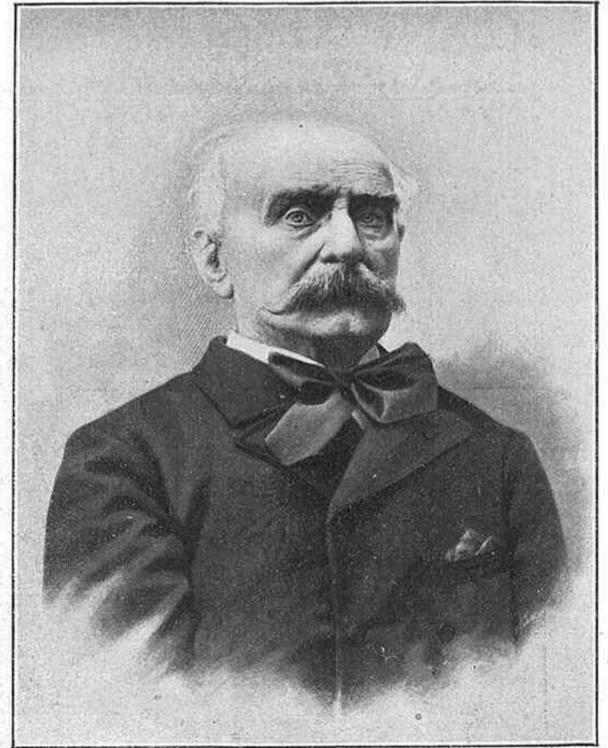
El talento superior con que interpretó los grandes papeles del antiguo y moderno repertorios le elevó á uno de los primeros puestos entre los actores contemporáneos, habiendo creado con originalidad admirable interesantes personajes del teatro francés. En 1886 presentó la dimisión de socio de la Comedia, y desde 1887 á 1889 dió con brillante éxito una serie de representaciones en Europa y América.

En 1890 ingresó de nuevo como pensionista en la Comedia Francesa, creando entonces *Thermidor*, de Sardou, y *La fierecilla domada*, de Shakespeare. Al año siguiente separóse en definitiva de la Comedia y reanudó sus excursiones por el extranjero.

Contratado en 1895 en el teatro de la Renaissance, la Comedia Francesa le puso pleito, resultando condenado por los tribunales á pagar 1.000 francos por cada representación que diese en París ó en provincias; á pesar de ello, Coquelin siguió representando. En 1897 se encargó de la administración del teatro de la

Porte-Saint-Martin, en donde creó el *Cyrano de Bergerac* y dos años después el *Napoleón del Plus que reine*.

Ha escrito *L'art et le comédien, Les comédiens par un comédien* y *L'art de dire le monologue*.



El célebre compositor francés Ernesto Reyer, fallecido en Lavandou en 15 de enero último. (De fotografía.)

En 1905 fundó la «Casa de los Actores» en Pont-aux-Dames, admirable institución filantrópica, de la que nos ocupamos extensamente en el número 1.223 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

ERNESTO REYER

Este célebre compositor francés, que ha fallecido en su quinta del Lavandou el día 15 de enero último, había nacido en Marsella en 1.º de noviembre de 1823. Su verdadero apellido era Rey; pero á fin de darle mayor sonoridad añadió una sílaba, convirtiéndolo en Reyer, cuando en 1848 su vocación artística lo llevó á París.

A la edad de diez y seis años, gracias á la protección de un tío suyo, tesorero-pagador en Constantina, entró en las oficinas de la Administración de hacienda de Argel; sus ocupaciones burocráticas no fueron obstáculo á que ensayase sus dotes de compositor escribiendo algunas romanzas y una misa solemne que se ejecutó con motivo de una visita que á aquella ciudad hizo el duque de Aumale. En 1848, como hemos dicho, se

estableció en París, encargándose de su educación artística su tía, la señora de Farrenc, profesora del Conservatorio.

En 1850 ejecutóse en la sala Ventadour una oda sinfónica *Salam*, y en 1854 cantóse en el Teatro Lírico su ópera en un acto *Maese Wolfram*, que obtuvo un éxito excelente. Siguiéron luego *Sakuntala*, baile que se puso en escena en la Opera en 1858, y *La Estatua*, ópera en tres actos que se representó en el Teatro Lírico en 1861. Estas últimas obras sentaron definitivamente la reputación de Reyer. En 1862 estrenóse en Baden *Erostrato*, que fué allí muy aplaudida y que, en cambio, al ser estrenada en París en 1871 fué severamente criticada.

En 1884 estrenóse en el teatro de la Moneda de Bruselas *Sigurd*, que los directores de los teatros parisienses habían rechazado; el éxito alcanzado por esta obra fué inmenso. Al año siguiente cantábase en la Opera de París, valiéndose á su autor un grandioso triunfo. También en Bruselas estrenó en 1890 su *Salambó*, que dos años después se cantó en la Opera parisiense.

Sigurd y *Salambó* son indudablemente las mejores creaciones de Reyer y las que han consagrado su fama en el mundo musical.

Ernesto Reyer fué durante treinta años crítico musical del *Journal des Debats*, en el que sucedió á Berlioz; en 1876 entró en la Academia de Bellas Artes y en 1896 se le concedió la gran cruz de la Legión de Honor.

«Lo que caracteriza más particularmente la personalidad de Reyer — ha escrito el célebre compositor Gabriel Fauré á raíz de su muerte — es una aspiración constante á todo lo elevado, noble, poético, y también esa abundancia, esa franqueza de inspiración que le hicieron crear tantas melodías hoy grabadas en la memoria de todos, melodías populares en la más alta acepción de la palabra, y que hacen de él, en cierto modo, un músico nacional. Fué asimismo un evocador potente, si juzgamos por la diversidad de ambiente, de medio en que se mueven los personajes de *La Estatua*, de *Sigurd* y de *Salambó*, y por la justa expresión con que supo traducir los diferentes caracteres de cada uno de ellos.

«Músico poeta, músico dramático, si no músico absoluto, Ernesto Reyer escribió obras tal como las sentía y como su corazón y su imaginación se las dictaban. Por esto deja un nombre puro de hermosa intransigencia el recuerdo de un artista grande y leal.»



Barcelona. — Distribución de ropas de abrigo, adquiridas con los donativos de Tolosa y de Luchon, entre familias pobres. (De fotografía de A. Merletti.)

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



— Te he dicho que te quemabas, contestó Laroche...

El excelente hombre saboreaba ya el placer de la sorpresa que había preparado á su hija.

—Sí, dijo él devolviéndole sus besos, estoy contento..., mejor dicho, vas á estarlo tú.

—¿Has hecho alguna otra locura por mí?

Sucedía á veces que Laroche compraba sin decir nada un dije, un capricho artístico ó uno de esos mil objetos de tocador ó de adorno, y sorprendía con él á Juanita.

—No, nada para ti, contestó él enigmáticamente con una franca sonrisa.

—¿Dices que voy á estar contenta?

—Muy contenta.

—¿Entonces?..

—A menos que me riñas por haberme atrevido, sin prevenirte, á usurpar tus atribuciones.

—No, papaíta, dijo cariñosamente la adorable muchacha, no me hagas adivinar... Sabes que no puedo... Me pondría nerviosa como siempre... La impaciencia no me deja acertar... Dímelo en seguida... ¿Por qué voy á estar tan contenta?

—¡Eh, misteriosilla!, repuso Laroche, ¿y los tapujos que tú me haces á mí?.. Bien me dejas cavilar y adivinar.

—¡Ah! ¿Quieres hablar de ese dinero que te pedí el sábado?, interrumpió Juana. ¿Y has buscado? ¿De veras?

—También he querido dar mi golpecito á la sordina, contestó el padre gozando de su pequeña intriga.

—¡De veras!, exclamó la muchacha riendo. ¿Qué has hecho?

—¿Y si no te lo dijese?

—No podrías... En tus ojos leo que ardes en deseos de revelarme tu golpecito á la sordina.

—Es verdad.

—¿Lo ves?

—Hasta te he reservado el placer de anunciar tú misma á la persona de la cual me he ocupado lo que he hecho por ella.

—¿A qué persona?, preguntó Juana llena de curiosidad.

—Cavila un poco.

—No sé.

—¡Vamos! No son tan numerosas las personas por las cuales te interesas.

Juana pensó en seguida en Edmundo de Favreuse; ruborizóse ligeramente, pero el nombre del que amaba no salió de sus labios.

—¿De quién te has ocupado estos días?, preguntó Laroche á fin de ponerla sobre la pista, al ver que no contestaba. ¿De quién me hablaste?

—De mis dos pequeños comulgantes, contestó Juana.

—¡Que te quemas!

Paulina, la camarera, llamó en aquel momento á la puerta y anunció:

—El almuerzo está en la mesa.

El comerciante y su hija pasaron al comedor.

—¡Que me quemó!, dijo Juana sentándose enfrente de su padre; entonces es para uno de los dos para quien me has preparado una sorpresa. ¿Para Pablito, el deshollinador?

—No.

—¿Entonces para Rosita?

—Tampoco.

—Sin embargo..., puesto que se trata de alguien

por quien me he interesado..., ¿de quién te hablé?

—Te he dicho que te quemabas, contestó Laroche gozando en las cavilaciones de su hija.

—¡Ah! ¿El padre de Rosita?..

—¡Al fin!

—¿Qué has hecho por él?.., preguntó Juana muy contenta. ¿Le has encontrado un empleo?

—Hablé de él á mis banqueros, contestó el padre, y le he hecho admitir como cobrador.

—¿De veras?, exclamó la caritativa muchacha. ¡Oh, qué bueno eres!.. ¡Qué feliz va á ser esa pobre gente!.. ¡Había tal miseria en su casa!.. La única que trabaja es la señora Landry, y ni siquiera gana para la comida. Voy á anunciarles yo misma tan buena noticia, ¿verdad?

—Naturalmente. Dirás á Landry que se presente mañana en casa de Lavisart, Fleuret y C.^a Le dirás que todo queda convenido, que ganará ciento cincuenta francos para empezar... y que no tiene que preocuparse de la fianza, añadió Laroche con la vacilación que la alegría le daba.

—¿La has depositado por él?

—Aquí está el recibo, contestó el padre de Juana exhibiendo una hoja de papel sacada de su cartera.

La muchacha no pudo más... Se levantó de la mesa y fué á abrazar á su padre en un verdadero transporte de alegría.

—¡Qué bueno eres! ¡Eres el mejor de los padres!, le dijo ella. ¡Y yo la más dichosa de las hijas de tener un padre como tú!

—Y bien, ¿qué te parece mi golpecito á la sordina?, preguntó Laroche después que Juana hubo vuelto á sentarse. No eres la única en saber hacer tapujos... Ya ves que yo también sé hacerlos.

Juana volvió á ruborizarse ligeramente.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Te figurabas que yo no adivinaría lo que habías hecho de los dos mil francos?

—Cómo, ¿sabes la cantidad que cogí?, preguntó Juana muy sorprendida.

—No era difícil de averiguar. De nada servía que me hicieras volver de espaldas... Y tampoco era difícil adivinar que si no eran para uno de los pequeños comulgantes, debían ser para el otro.

Entonces le pareció á Juana que el no sacar á su padre del error equivaldría á una mentira, cosa que repugnaba á su naturaleza franca y leal.

—¡Pues no!, dijo mientras su corazón palpitaba con inaudita fuerza. ¡No eran para ellos!.

—¿No diste ese dinero á los Landry?

—No... ¿No me reñirás si te lo digo?, preguntó Juana. Después de todo, te pedí esa cantidad á cuenta de lo mío... Siempre me has dicho que me dejarías disponer libremente de ello... Era para uno que conocemos, que ha sido nuestro amigo y que en este momento se encuentra en una miseria espantosa... Hablábamos de él el otro día, añadió Juana viendo que su padre trataba de adivinar. El Sr. de Favreuse ..

Aún no se atrevió ella á pronunciar el nombre de Edmundo; no tenía el valor de confesar que había remitido á él mismo aquella cantidad.

—¡Favreuse!., exclamó el comerciante con viva sorpresa. ¿Diste á Favreuse esos dos mil francos?.. ¿Pero cómo supiste?..

—Comprendí muy bien, después de lo que me dijiste, que debían ser muy desgraciados él y su hijo, y me dió tanta pena que quise averiguarlo, explicó Juana algo confusa. Entonces rogué á Bernard que preguntase, y el viernes fué á la calle de las Abadesas... Se enteró por varias personas y parece que reina en la casa una miseria atroz... El Sr. de Favreuse está enfermo; ya no puede trabajar. Edmundo es todavía muy joven para substituirlo... En fin, que han agotado sus recursos y sus fuerzas... Se hallan en la mayor necesidad... ¡Una familia que se ha visto en la opulencia!.. ¡Qué cruel debe ser!.. ¡Considera! Me dió tanta pena, que no pude resistir...

—¿Fuiste á llevarles ese dinero?, preguntó Laroche.

—No... Lo envié en carta certificada... confesó Juana; pero sin darme á conocer, sin una palabra, á fin de no humillarlos é impedir que rehusaran... Di, papá, ¿no hice bien?.. ¡Son tan desgraciados!..

—Hiciste muy bien, contestó el comerciante en un tono que no marcaba, sin embargo, una aprobación completa.

La perspicacia paterna acababa de alarmarse de pronto.

Laroche conocía el corazón excelente de Juana; pero su compasión y su caridad no explicaban bastante el interés particular que le inspiraba el Sr. de Favreuse, hasta el extremo de haberse procurado informes sin decirle una palabra y de haber expedido aquella cantidad que tuvo desde luego intención de ocultarle.

Tenía que haber otra cosa, y esa otra cosa, el antiguo amigo del Sr. de Favreuse no tardó en adivinarla.

Recordó con qué acento le habló Juana de Edmundo, y se convenció de que su generosa intervención iba dirigida más bien á él que á su padre.

Sin duda la había inspirado un sentimiento de piedad, pero su caridad debió ser suscitada por otra causa.

Leyó lo que pasaba en el corazón de Juana y pensó: «¡Le ama!»

Por eso, no atreviéndose á desaprobársela abiertamente, dió aquella contestación en un tono desprovisto de una sincera aprobación y cambió de conversación, haciéndola recaer de nuevo sobre los Landry, contento de que Juana tuviese aquella distracción y que no pensase más que en la dicha de ir á anunciar al padre de su pequeña protegida lo que había hecho por él.

Pero se prometió averiguar la verdad, porque aquel amor, si existía, era de tal naturaleza que alarmaba á su previsión paterna; porque él pensaba: «No, mi Juanita no debe amar al hijo de una mujer como la señora de Favreuse. No quiero que le ame... ¡No, no quiero!..»

V

INQUIETUDES PATERNAS

Muy lejos de sospechar lo que pasaba en el espíritu de su padre, Juana no pensaba sino en la dicha que éste le había preparado permitiéndole anunciar al padre de su pequeña protegida lo que había hecho por él, y aquella misma tarde salió con Paulina, su camarera, y se fué á la calle de Bernardinos.

Allí estaba Landry, con su mujer y sus dos hijos. Por la mañana había anunciado lleno de júbilo la buena noticia. «El padre de la señorita» le había prometido ocuparse de él, asegurándole que le encontraría un empleo. Así es que todo parecía transformado en la modesta casa, y bajo la expresión de dicha de la familia, la miseria misma parecía haber desaparecido.

Juana lo notó al entrar, cuando la señora Landry le abrió la puerta, pues la pobre mujer tuvo, al verla, una radiación de alegría y de gratitud que brillaba en sus ojos.

—¡Ah, es usted, señorita!., exclamó. ¡Cuánto me alegro de verla para darle las gracias por lo que su papá tiene la bondad de hacer en favor de mi marido, porque á usted se lo debemos todo!

Rosita, que había oído, corrió al encuentro de su protectora.

Juana, después de estrechar la mano á la madre, besó á la niña.

—¡Pase usted, señorita, pase usted!, dijo la señora Landry. Mi esposo está aquí y le dará él mismo las gracias... Es usted nuestra providencia.

La hija del comerciante penetró en la habitación con su camarera, que se quedó un poco atrás.

Landry fué también á su encuentro, dando la mano á su pequeño Víctor, y á su vez expresó su gratitud á su generosa bienhechora, mientras su mujer preparaba dos sillas para las visitas.

—Traigo á usted una buena noticia, Sr. Landry, dijo Juana cogiendo al niño para besarlo. Mi padre se ocupó en seguida de usted y ha conseguido lo que deseaba. No he querido diferir un instante el venir á comunicárselo.

—¡Tanta bondad, señorita!., contestó Landry con voz llena de emoción, cuando apenas me conocen ustedes!.

Juana se sentó, ciñendo con su brazo la cintura de Rosita, que fué á colocarse cerca de ella y que la contemplaba con miradas llenas de tierna gratitud.

—¿Papá le habló á usted de sus banqueros?, repuso ella. Fué á verlos inmediatamente después de haberse marchado usted, y convino con ellos que entraría usted en su casa como cobrador, con el sueldo de ciento cincuenta francos mensuales para empezar.

Para aquellos infelices que, desde hacía meses, buscaban en vano en todas partes los más pequeños empleos y que hubiesen aceptado con júbilo el trabajo más ingrato y menos retribuido, semejante situación equivalía á una verdadera fortuna. Era no sólo el pan cotidiano asegurado para toda la familia, sino el porvenir al abrigo de toda amenaza.

Así es que no hallando términos bastante expresivos para manifestar su gratitud, Landry y su mujer balbuceaban, para dar las gracias, palabras entrecortadas, mientras se les inundaban de lágrimas los ojos.

Su emoción llegó al colmo cuando Juana dijo:

—No tiene usted que preocuparse de nada. Mi padre lo ha previsto todo: la fianza de cinco mil francos que los banqueros exigen está ya depositada; y ahora á ver lo que les hace falta, porque no basta tener un empleo, es preciso poderlo desempeñar sin encontrarse inferior á los demás. Seguramente andará usted mal de trajes, porque al cabo de tanto tiempo sin trabajar, no habrá podido equiparse. Va á tener necesidad de un traje nuevo.

—¡Oh, señorita!., dijo el padre de Rosita. Cómo, ¿aún quisiera usted?..

—Déjeme hacer, interrumpió Juana con una gracia adorable. Yo sé lo que hace falta. ¿Quiere usted aminorar mi satisfacción?.. ¿Y este niño?, añadió. Hay que vestirlo también y pagar lo que se debe á la nodriza, porque si toma usted todo eso de su sueldo, tendrán que imponerse privaciones. Sin contar que no cobrará usted hasta fin de mes; ya ve usted que no puede estar todo un mes así.

Juana sacó su bolsa de plata, cogió quince monedas de á veinte francos, preparadas antes de salir de su casa, y las puso en la mano de la señora Landry, que se le acercaba en ademán de protesta, y añadió con una exquisita resistencia:

—Esas cosas son de la incumbencia de la mamá. Tome usted y haga lo necesario.

Y para eludir las sentidas manifestaciones de sus protegidos, cogió al pequeño Víctor y le interrogó afectuosamente, preguntándole si estaba contento de haber vuelto al lado de su mamá y de su hermanita.

Juana besó al niño, lo mismo que á Rosita; estrechó la mano al padre y á la madre, y se retiró con Paulina, escapando en cierto modo al concierto de bendiciones de sus protegidos.

Después de la salida de su hija, el Sr. Laroche, preocupado por el descubrimiento que acababa de hacer de los sentimientos de Juana respecto á Ed-

mundo de Favreuse, pasó á su gabinete de trabajo y se acordó entonces de lo que Landry le había dicho aquella misma mañana.

El día anterior, su mujer había ido á Montmartre con los dos pequeños comulgantes y habían presenciado el suicidio de un hombre que habían transportado á su domicilio, calle de las Abadesas.

En seguida se estableció una relación, inadvertida hasta entonces, entre aquel suceso y el recuerdo del antiguo amigo cuya miseria conocía: le asaltaron estos pensamientos al ver sobre su mesa varios periódicos que no había leído por la mañana, en su impaciencia por ir á su despacho.

Landry había dicho que los periódicos hablaban de aquel suicidio.

«¡Calle de las Abadesas!., pensó el comerciante abriendo nerviosamente uno de ellos. ¡Si será ese desdichado Favreuse!»

Sus ojos buscaron la sección de los «sucesos» y, efectivamente, tropezaron en seguida con este título: *Un suicidio en el Molino de la Galette.*

Los hechos eran sobriamente referidos, tales como habían ocurrido, y aunque sólo se designaba al desesperado con las iniciales M. de F... Laroche reconoció sin vacilar á su desgraciado amigo.

No cabía duda, el suicida era seguramente M. de Favreuse.

A pesar de los ocho años transcurridos sin haberle visto, el padre de Juana tuvo verdadera pena á la noticia de aquel trágico fin; pero aquella impresión no duró más que un momento, el tiempo de decir para sus adentros: «¡Pobre diablo! ¡Qué mala suerte!.. ¡A la miseria se añadió su enfermedad!..»

Pero el comerciante se rehizo de pronto y añadió:

—Es una tontería perder el valor de ese modo. ¡La desesperación es una cobardía!.. ¡Hay que luchar hasta el fin!

Y continuó diciendo:

—Y esos dos muchachos, que ya son hombres hechos, ¿no podían suplir á su padre desde el momento que cayó enfermo?.. Debieron haber previsto su desesperación, animarlo, sostenerlo, inspirarle confianza mostrándole sus esfuerzos... ¡Ah, no, no quiero que Juana se enamore de ese muchacho!.. ¡No, no, eso nunca!., añadió el Sr. Laroche. ¿Quién hubiera creído, dijo melancólicamente pensativo, que aquella amistad de la infancia se transformaría así?.. Porque es preciso que le ame para haber obrado de ese modo.

El padre de Juana trataba de explicarse lo que había pasado en el corazón de la muchacha.

«No es sólo el resultado de la edad lo que acentúa, lo que desarrolla los gérmenes de afecto depositados en el alma en la época de la infancia—pensó.—Lo que ha operado esa transformación inesperada ha sido sobre todo la compasión. Mi hija supo que el Sr. de Favreuse era desgraciado; hizo pedir informes á Bernard; se enteró de tanta miseria y la piedad agrandó su corazón... ¡Pero yo haré que olvide á ese joven!..»

Entonces Laroche experimentó la necesidad de saber exactamente lo que había pasado.

«Vamos á ver—pensó,—¿esos dos mil francos no llegaron entonces á su destino?.. Tiene que haber sido así, porque si el Sr. de Favreuse los hubiese recibido, semejante cantidad no hubiera podido menos de darle valor y esperanza, siquiera de momento.

Pero no se atrevía á ir por informes á la calle de las Abadesas, pues la idea de presentarse ante el hijo de aquel amigo que le debía dinero, le repugnaba en las dolorosas circunstancias actuales.

Tampoco quiso interrogar á Juana por la noche, aunque hubiera deseado hacerla dar más amplias explicaciones, porque quería evitar el hacerla pensar en Edmundo de Favreuse.

Hasta hizo desaparecer los periódicos que solía dejar y que su hija leía ordinariamente después de él, y cuando Juana se los pidió, después de haberlos buscado inútilmente, le contestó:

—Me los llevé esta mañana á mi despacho, porque no había tenido tiempo de leerlos. No contenían nada de interés.

Y en seguida le habló de lo que había hecho ella por la tarde, de su visita á los Landry, de la alegría que debió causarles tan buena noticia.

La felicitó por haber tenido la previsora y caritativa idea de entregar los trescientos francos á fin de que aquella buena gente pudiese hacer los gastos inevitables y esperar la primera paga de fin de mes.

Laroche salió después de comer hacia los bulevares, donde solía encontrar amigos con quienes hacía alguna partida de juego.

Al día siguiente, tuvo un momento la intención de hablar de su preocupación á Bernard y de enviarlo á la calle de las Abadesas, á fin de tomar in-

formes y averiguar si los dos mil francos habían sido recibidos; pero casi en seguida renunció á ello.

«Iré yo mismo» —pensó.

Pero fué aplazando de día en día la diligencia; mas para él tenía algo de particularmente penoso, y hasta el viernes siguiente, por la tarde, no se decidió á subir á Montmartre.

No había vuelto á hablarse del Sr. de Favreuse y Juana debía ignorar el suicidio. No lo había leído en el periódico, los Landry no le habían hablado de él, y no se había recibido ningún aviso, lo que parecía indicar que no se habían mandado esquelas de defunción.

Laroche habló á la portera:

—¿No es aquí donde vive el Sr. de Favreuse?, le preguntó.

—Aquí es, contestó la señora Claudia; pero el Sr. de Favreuse ha muerto.

—Sí, ya sé..., dijo el comerciante. Se mató el domingo pasado.

—¡Ah, lo sabe usted!, exclamó la portera. Pues bien, caballero, sus hijos, que vivían con él, partieron anteayer; se han mudado de casa. Como usted puede comprender, después de semejante desgracia, era demasiado cruel para esos dos jóvenes el vivir aquí donde vieron morir á su padre..., sin contar con que están pobres y han querido tomar una habitación más barata, tanto más cuanto que el señorito Lucía no debe quedarse sólo en París, puesto que el señorito Edmundo va á partir á causa de sus negocios, si no se ha marchado ya.

Semejante noticia causó más alegría que sorpresa á Laroche.

La distancia entre Juana y Edmundo iba á ser mayor.

Pero él quería saber qué había sido de aquellos dos mil francos, y explicó:

—No tengo necesidad de ver á los hijos del señor de Favreuse, porque probablemente usted podrá enterarme de lo que á mí me interesa. El sábado pasado el Sr. de Favreuse debió recibir una carta certificada que contenía una cantidad de dinero bastante considerable, dos mil francos, mi inquietud fué grande al saber que se había suicidado, pues pensé que aquella suma de fondos, que sin duda le hubiera dado alguna esperanza, no había llegado á su destino.

—La carta de que usted habla, dijo la señora Claudia, llegó en efecto y los dos mil francos también; pero ¡ay, demasiado tarde!.. El cartero vino el domingo por la mañana, en el momento mismo en que el comisario de policía venía á anunciar á esos pobres muchachos la muerte de su padre.

—¡El domingo por la mañana!..

—En la distribución de las diez, apoyó la portera. Yo vi muy bien la carta con los cinco sellos de lacre encarnado. Iba dirigida al señorito Edmundo...

—¡A Edmundo!.., exclamó el padre de Juana.

Su sorpresa fué tal, que llamó la atención de la señora Claudia.

—Yo creía, dijo ésta, que era usted el que había enviado la carta.

—No..., contestó Laroche. Fué una persona que yo conozco... ¿De modo que iba dirigida al hijo del Sr. de Favreuse?

—Sí, señor, al señorito Edmundo.

—¿Y ese dinero llegó tarde?

—Claro que sí, porque, como usted dice, quizá el Sr. de Favreuse no se hubiera desesperado á tal extremo y no se hubiese matado. Sin embargo, no fué dinero perdido, no, añadió la buena mujer. Porque esos pobres muchachos daban lástima. No les quedaba nada y se puede decir que esos dos mil francos han sido bien empleados. Los gastos del entierro han sido considerables... Luego el señorito Edmundo ha pagado lo que debían en el barrio, y ha aprovechado la ocasión para mudarse á un piso más barato. Al marcharse ya se le había ido la mitad de ese dinero, sin malgastar un céntimo.

—¿Decía usted, pues, preguntó el padre de Juana, que el señorito Edmundo debe abandonar definitivamente París? ¿Sabe usted adónde debe ir?

—Cuando marchó de aquí todavía no estaba resuelto, contestó la señora Claudia, porque me lo hubiera dicho; figúrese usted, han vivido aquí ocho años y yo conozco todos sus asuntos. Hablaba de ir á Dieppe ó á Boulogne-sur-Mer. Eso dependerá de una casa inglesa con la cual hace negocio. De todas maneras, su marcha es cosa resuelta. La prueba está en que han vendido todo el mobiliario, á excepción de un cuarto dormitorio que el señorito Luciano se ha reservado para él, porque se queda en París. Pero él, el señorito Luciano, podrá dar á usted la dirección de su hermano, si ha marchado ya, añadió la portera; vive en el faubourg Saint-Denis, n.º 115.

Laroche no necesitaba saber más; dió las gracias á la señora Claudia, le explicó en breves palabras

que el Sr. de Favreuse había sido uno de sus buenos amigos, por cuyos hijos se interesaba, y se retiró.

Parecía que ahora se sentía libre de toda aprensión respecto á Juana. Edmundo de Favreuse había salido de París; su hija no sabría su paradero, no volvería á oír hablar de él y no era posible que le encontrase.

Además, el comerciante tenía otros proyectos, pues el descubrimiento que acababa de hacer al enterarse de que Juana había enviado los dos mil francos á Edmundo mismo, le revelaba más de lo que sospechara el estado del corazón de la joven.

Antes de hablarle de dichos proyectos, pues Juana ignoraba aún el suicidio de Favreuse, Laroche esperó algunos días, y entonces, un domingo, paseándose con ella por el bosque de Boloña donde les había conducido una victoria de alquiler, dijo de pronto:

—A propósito, parece que el Sr. de Favreuse se suicidó... Lo he sabido esta mañana.

—¡Se suicidó!.., exclamó Juana con voz apagada por una violenta emoción.

Se puso sumamente pálida al pensar en la pena de Edmundo; pero disimulada por su velo blanco, su palidez, prontamente disipada, pasó inadvertida á los ojos de su padre.

—Se pegó un tiro en un momento de desesperación, añadió el antiguo amigo de Favreuse. Estaba además muy enfermo y su enfermedad debía inspirarle ideas sombrías. No quiso ser una carga para sus hijos, que vivían ambos con él, según dicen, desde la desaparición de su madre.

—¿Cómo has sabido todo eso?, preguntó Juana, que pudo dominar su turbación.

—Por uno de mis amigos, que le veía de vez en cuando.

—¿Y... sus hijos?, preguntó la muchacha, que no se atrevió á pedir únicamente noticias de Edmundo.

No conocía á Luciano, á quien nunca había visto, pues no había conocido al Sr. de Favreuse hasta después de su separación.

—Trabajaban juntos, según me han dicho, contestó Laroche; han marchado de París á causa de sus negocios.

Juana guardó silencio.

En el anuncio de aquella desgracia ella no veía más que á Edmundo, hacia quien iban, con todo su afecto, los apasionados impulsos de su corazón.

Pensaba en el envío que le había hecho; pero no se atrevía á seguir interrogando á su padre.

Sin embargo, el deseo de saber qué había sido del hombre amado se agitaba en su espíritu y le inspiró resoluciones diversas que la dejaron indecisa y dolorosamente inquieta.

Transcurrieron, sin embargo, semanas y meses sin que Juana hubiese oído hablar otra vez de Edmundo.

Llegó el momento de partir para el Cepellón, donde Laroche y su hija pasaban cada año la estación de la vendimia.

Allí no olvidó á Edmundo de Favreuse y no transcurrió un solo día sin que su pensamiento volase hacia él, sin que ella se preguntase qué estaría haciendo, si le favorecería la suerte, si era al fin menos desgraciado, pues con una misteriosa intuición sentía que la antigua amistad había sufrido en el corazón de Edmundo la misma evolución que en el suyo, porque se sentía correspondida en su amor.

Juana no se equivocaba. Los corazones amantes conocen esas misteriosas afinidades que les revelan el afecto que corresponde al suyo.

Edmundo de Favreuse tampoco había olvidado á la adorable compañerita de su infancia. La había visto á menudo con el pensamiento, y su alma había conservado para ella una inalterable ternura.

Se había mantenido alejado de ella, fiel en esto al ejemplo de su padre, que el amor propio alejaba de aquellos á quienes debía obligaciones pecuniarias que sentía no poder satisfacer; pero conservaba el recuerdo delicioso de aquella niña amada en su juventud, y aquel afecto se había transformado en verdadero amor al ver á la niña convertida en señorita.

Efectivamente, Edmundo había visto á Juana un día, un jueves del último año pasado, en el colegio Luis el Grande, cuando él tenía diez y siete.

La división á que pertenecían los hijos del señor de Favreuse daba su acostumbrado paseo y los colegiales pasaron por el bulevar de San Miguel.

Allí la encontró Edmundo. Juana iba con su padre; tenía entonces diez y seis años y su hermosura había adquirido ya todo su esplendor.

Ella no le vio; ni siquiera notó aquel desfile de unos sesenta colegiales que pasaban por la acera opuesta. Pero Edmundo la reconoció en seguida, y á su vista sintióse conmovido, deliciosamente turbado.

Y su corazón había conservado el indeleble recuerdo de la imagen de Juana.

La amaba y aquel amor dió más tarde nuevas fuerzas y enérgicas resoluciones al desgraciado joven cuando conoció la situación de su padre, cuando comprendió que sólo el trabajo podría reparar los desastres del pasado.

Actualmente aún le sostenía la esperanza unida al juramento hecho á la cabecera de su padre moribundo, pues por medio del trabajo no sólo pagaría las deudas sagradas de que se había hecho cargo, sino que se elevaría hasta aquella hacia la cual se sentía invenciblemente impulsado.

Al día siguiente de haber conducido los restos mortales del Sr. de Favreuse á su última morada, Edmundo había tomado la resolución cuyo cumplimiento anunció al Sr. Laroche la portera de la calle de las Abadesas.

Después de haber escrito á las dos casas más importantes que su padre representaba, dos casas inglesas, á fin de darles la dorosa noticia y prevenirles que podían contar con él, anunció á Luciano su proyecto.

Los dos hermanos acababan de hacer la evaluación de sus recursos: les quedaba poco más de mil francos de la suma misteriosamente recibida.

Luciano aceptó con entusiasmo la proposición de mudarse de aquel barrio donde el suicidio de su padre había revelado su miseria. La compasión de los vecinos lastimaba su orgullo.

—Los negocios se han resentido mucho de la cruel enfermedad de nuestro padre, dijo Edmundo; pero podemos levantarlos rápidamente con nuestro trabajo y crearnos una situación cuya prosperidad nos permita un día satisfacer hasta la última deuda. Pero nos costaría más esfuerzos rehacernos en París, puesto que trabajamos particularmente con las agencias marítimas, y he calculado que nos sería mucho más ventajoso establecernos en un puerto de mar.

—Sí, contestó Luciano; á lo que he podido comprender, porque estoy menos al corriente que tú, nos convendría.

—Tan pronto como haya recibido contestación á las dos cartas que he escrito, una vez admitidos como sucesores de nuestro padre, siguió diciendo Edmundo, podremos decidir, de acuerdo con nuestras casas, en qué población conviene instalarnos, y en seguida pondremos resueltamente manos á la obra.

—Mientras tanto, repuso Luciano, podemos tomar nuestras disposiciones para dejar este piso.

—He calculado lo que podemos hacer. Adondequiera que fuésemos, el transporte de nuestro mobiliario absorbería casi todo lo que nos queda, y sería preferible venderlo todo aquí. Después compraríamos lo estrictamente necesario.

Las contestaciones de las casas inglesas llegaron rápidamente, y una de ellas, adelantándose á las intenciones del joven, le hacía resaltar la ventaja de establecerse en una población marítima en que se hallaba el centro de sus operaciones, y en donde dichas casas no tenían agente. Se dejaba á los dos hermanos libres de elegir el puerto que les conviniera.

Pero Luciano, que durante dos días había reflexionado sobre aquel proyecto de marcha, no se sentía dispuesto á salir de París, á separarse de los amigos de colegio que allí tenía y á resignarse á vivir en una pequeña población de provincia.

Edmundo comprendió su indecisión y la atribuyó á la pena que experimentaba á la idea de separarse definitivamente de su madre, que esperaba encontrar de nuevo.

—Sería más ventajoso, insinuó Luciano, que uno de nosotros se quedase en París, porque si los negocios se desarrollan, nuestras casas podrían desear un día tener aquí su representación. Sólo nos separaríamos provisionalmente, y después de todo, nuestra separación sería inevitable el año que viene, cuando uno de los dos sea llamado á prestar servicio militar.

—Tienes razón, aprobó Edmundo, que condescendía más bien al deseo no confesado de su hermano que al motivo basado en los negocios. Partiré solo y te quedarás en París. Estaremos en correspondencia, y así nuestra casa no cesará de hallarse representada en la plaza.

—Esto favorecerá nuestros negocios.

—Entonces nos quedaremos con parte del mobiliario, con el de tu cuarto dormitorio, con lo que quieras, á fin de poder instalarte.

—Me bastará con mi cuarto.

Este proyecto fué en seguida puesto en ejecución y los dos hermanos tomaron juntos las disposiciones necesarias.

Una vez pagado el alquiler del piso, nada se oponía á la mudanza,

(Se continuará.)

LA SALINA DE SLANIC (RUMANIA)

Las minas de sal, que, con los manantiales de petróleo, son una de las riquezas del suelo rumano, constituyen allí inmensos depósitos subterráneos que ocupan una vasta región conocida en la geología de aquel país con el nombre de «Golfo mioceno de Slanic.» Aquella zona comprende muchos yacimientos, de los cuales uno de los más importantes es el que actualmente se explota en Slanic mismo, en la Moldavia, al pie de los montes Cárpatos.

Antes de describir la salina tal como es hoy en día, no creo inútil decir algunas palabras acerca de su origen geológico.

Hacia mediados de la época miocena, el mar, que hasta entonces cubría toda la Europa central, retiróse lentamente, dejando en el sitio en que actualmente está Rumanía lagunas y lagos de agua salada; esta agua, concentrada por evaporación, sin duda bajo la influencia de un clima tórrido, dejó primeramente precipitarse una gran cantidad de sulfato cálcico, formándose luego el depósito de sal gema. Pero antes de que las aguas, fuertemente concentradas, hubieran tenido tiempo de eliminar sus sales potásicas, de las que, en efecto, no se encuentran vestigios en Rumanía, el Océano hizo nuevamente irrupción en el golfo de Slanic, cubriendo las capas salíferas con un segundo depósito yesoso. Este fué el último acto de presencia del mar en aquella comarca, ya que luego las aguas se vieron violentamente rechazadas por la aparición de los Cárpatos, no quedando en la actualidad de aquel océano más que el mar Negro y el mar Caspio.

No se conoce aún con exactitud toda la extensión del yacimiento de Slanic, pero según los últimos sondeos puede calcularse su profundidad en unos 500 metros. Los numerosos vestigios de salinas abandonadas que se encuentran en la misma cuenca prueban que hace muchos siglos practicábase ya en aquella región intensivamente la extracción de la sal. El derecho de explotación, que constituye al presente una renta del Estado, estaba en otro tiempo arrendado á especuladores particulares que, bajo la inspección del gobierno, pagaban á éste un canon en frutos. Pero la explotación metódica, basada en procedimientos modernos, es relativamente reciente en Slanic, ya que las actuales galerías fueron comenzadas en 1868. Al principio, esas galerías se explotaban por medio de cuatro pozos pertenecientes á dos salinas cónicas de antiguo sistema; pero éstas fueron abandonadas en 1881, después de la apertura de un nuevo pozo de 105 metros de profundidad (fig. 1). En la actualidad, la salina se compone de cuatro galerías ó, mejor dicho, de cuatro bóvedas, cuya longitud es respectivamente de 95, 196, 197 y 27; en su cúspide no tienen más que tres metros de anchura, pero se van agrandando gradualmente hasta su base, que mide, por término medio, 45. Esta dimensión, sin embargo, no es definitiva, porque sigue efectuándose continuamente el corte de las paredes, siguiendo un plano inclinado ó una superficie cóncava, hasta que el suelo de las galerías tenga un ancho de 50 metros; á partir de

aquel momento se continúan las paredes en sentido vertical.

El campo de explotación ocupa actualmente una

á que el yacimiento no es del todo homogéneo. Así en la región que actualmente se explota distingúense perfectamente dos zonas separadas por una capa terrosa, en la que se encuentran grandes cristales de sal mezclados con pedazos de anhídrido.

La zona inferior contiene sal muy blanca, de calidad superior; la otra está formada de sal mezclada, de color más oscuro y con partículas de arcilla y de arena. Las diversas capas de sal aparecen alternadas en la sección del yacimiento como venas que presentan matices desde el gris oscuro al blanco y que dan á las paredes de las galerías el hermoso aspecto de jaspe, de que antes hablamos.

En el fondo de la mina reina la mayor actividad. A 105 metros debajo de la superficie de la tierra, en vías bien ventiladas, á una temperatura constante de 12° centígrados y alumbrados por 34 lámparas eléctricas de gran intensidad, centenares de obreros trabajan en la extracción de la sal, y aunque esta ruda faena les produce un salario muy módico, en su mayoría están robustos y parecen satisfechos de su suerte. Los mejor retribuidos son los martilladores, cuyo trabajo consiste en arrancar del suelo bloques de sal que miden generalmente cuatro metros de largo por 1'80 de ancho y 0'35 de grueso y cuyo peso es de unos 2.000 kilogramos; su salario es de 3'60 francos diarios por término medio, á razón de 1'80 francos por tonelada de sal arrancada. Los peones que trabajan empleando la dinamita y que desprenden, por explosión, enormes bloques de sal, cobran 1'50 francos por cada 1.000 kilogramos. Los pulidores, encargados de alisar las paredes de las galerías después de arrancados los bloques, ganan 50 céntimos por metro cuadrado; por término medio puede un hombre pulir seis metros cuadrados al día.

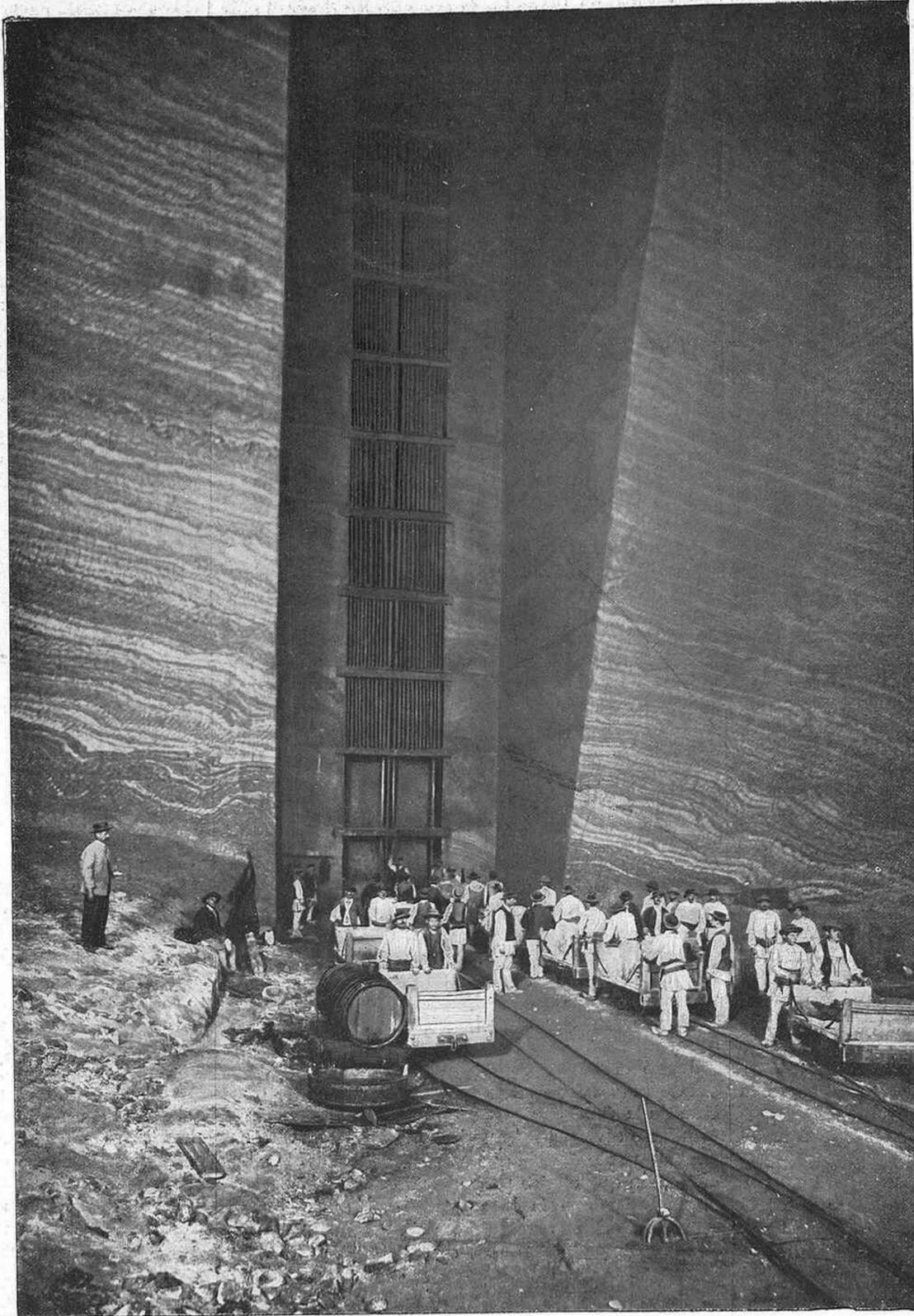


Fig. 1.—El pozo principal de extracción y los cargadores rumanos de las salinas de Slanic

superficie de 17.500 metros cuadrados, y rebajando el fondo de la mina dos metros al año, se extraen 35.000 metros cúbicos, ó sean 78.400 toneladas de sal, que es lo que ahora se obtiene anualmente. Pero se están practicando nuevos túneles que comprenderán una superficie de 19.600 metros cuadrados, de modo que la mina alcanzará muy pronto una extensión de 37.000 metros cuadrados y se extraerá doble cantidad, por lo menos, de sal. Aun admitiendo que la extracción sea de 100.000 toneladas anuales, por término medio, la salina de Slanic no quedará agotada hasta dentro de más de doscientos años.

Es difícil formarse idea de esas vías subterráneas no habiéndolas recorrido. Para el visitante privilegiado que puede visitar esas interioridades de la tierra en donde la naturaleza ha concentrado esas enormes provisiones de sal, el espectáculo que allí se le ofrece es en extremo sorprendente. El suelo está erizado de bloques semitransparentes y forma grandes superficies relucientes, ofreciendo el aspecto de ríos helados y cubiertos de grandes témpanos. Las paredes de las galerías, que en varios sitios alcanzan una altura de 52 metros, brillan en ciertos puntos con destellos magníficos, y no son de color uniforme, sino ondeadas ó jaspeadas, lo que se debe en parte

Para el transporte de la sal se emplean brigadas de 60 á 70 obreros jóvenes, á quienes esta clase de trabajo no produce más de 1'75 francos diarios; pero generalmente son aprendices, futuros martilladores, destinados á ganar más.

Los moledores perciben de 40 á 70 céntimos por tonelada, según la finura del grano obtenido.

Durante diez años (1889-1898) se utilizaron en Slanic tres máquinas provistas de sierras circulares para cortar la sal; esas máquinas eran movidas por el aire comprimido, producido por un compresor, instalado en el exterior de la salina, y conducido al interior de la mina por medio de tubos. La primera practicaba cortes paralelos á las paredes de la galería en la que funcionaba; la segunda hacía aberturas transversales distantes 30 centímetros unas de otras; y la tercera arrancaba del suelo cubos de sal que medían, por consiguiente, 30 centímetros de lado. Pero la producción de esas máquinas era escasa, pues apenas extraían 25 toneladas de sal en diez horas de trabajo, y el mucho gasto de aire comprimido necesario para su funcionamiento hacía más caro el trabajo mecánico que el manual. De aquí que en 1898 se abandonase este sistema de extracción; en la actualidad, sin embargo, se estudian otros

sistemas más perfeccionados de máquinas para cortar la sal á fin de suplir, siquiera parcialmente, los brazos que van siendo insuficientes, puesto que la explotación de Slanic aumenta de día en día y la mano de obra escasea cada vez más.

Los gastos de la salina importan anualmente unos 400.000 francos, más de la mitad de los cuales se destinan á retribuir á los 450 obreros y empleados que constituyen el personal de la explotación.

El precio de venta de la sal en Slanic varía mucho según la calidad de ésta: la sal blanca de lujo se vende, por término medio, á 15 francos los 100 kilogramos, al paso que la sal en grano grueso, para las conservas alimenticias, sólo vale tres. Las dos terceras partes de la producción de esta salina están reservadas al consumo rumano; el resto se

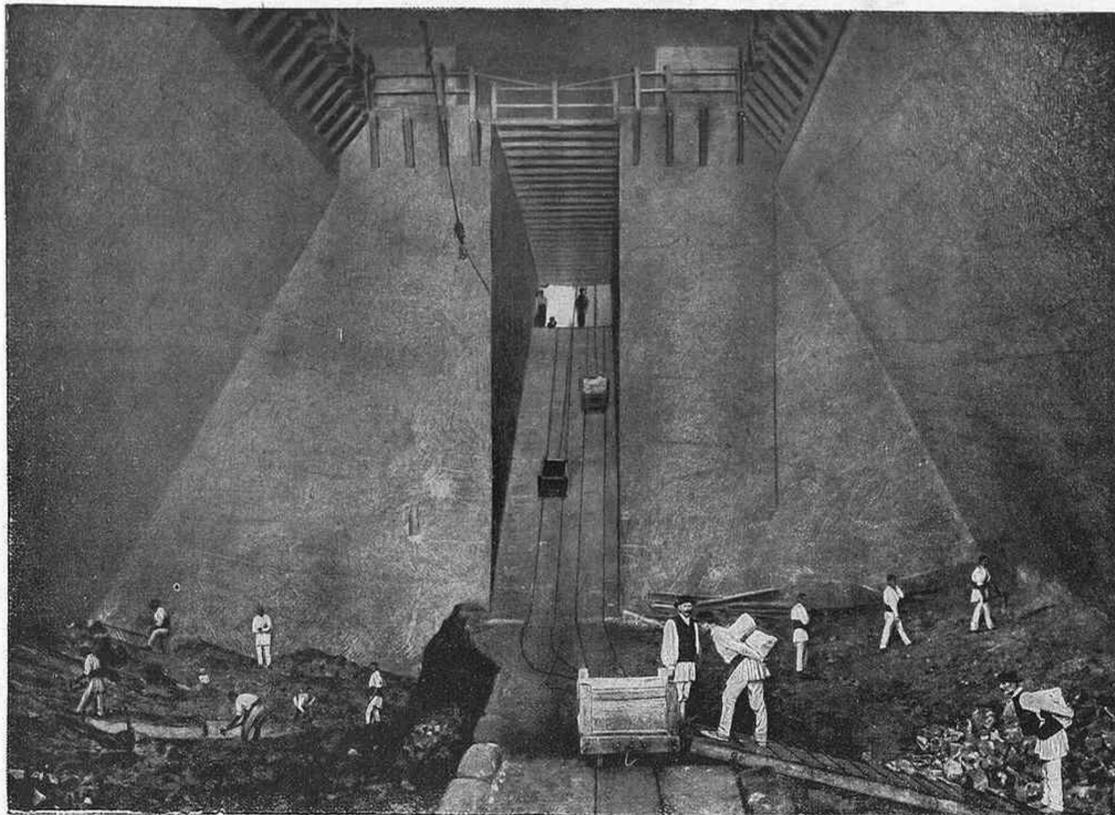


Fig. 2. - Entrada de la mina. Un plano inclinado en una cámara subterránea de las salinas de Slanic

expide al extranjero, á Bulgaria, á Servia y sobre todo á Africa, en bloques enormes que parecen témpanos desprendidos de un banco de hielo y que valen de 60 á 105 francos la tonelada.

Es de lamentar que no haya en Rumanía una sola fábrica de sosa, á pesar de existir allí tan hermosos y productivos yacimientos de sal que proporcionarían abundante y excelente materia á la explotación de esa nueva industria. Pero cabe esperar que en aquel país, ante el cual se abre un porvenir brillantísimo, se constituirán antes de poco nuevas empresas industriales montadas con todos los adelantos que el trabajo moderno requiere que se dedicarán á explotar las admirables riquezas de aquel suelo tan excepcionalmente favorecido por la naturaleza.

G. RENAUDOT.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

HIPNOTISMO

¿Quieres saber, lector, cómo aumentar tus ventas, asegurarte mayor dicha, gozar de mejor salud y alcanzar mayores éxitos en tu vida? Nuestra misión es ayudar á nuestro prójimo y á éste nos consagramos especialmente. ¿Quieres permitirnos que te ayudemos? Nada te costará hasta que te hayamos dado pruebas de lo que podemos hacer. Te enviaremos nuestro libro de cien páginas, magníficamente ilustrado, gratuitamente. Esta notable obra te enseñará los principios fundamentales del éxito en todas las empresas de la vida y la manera de corregir malos hábitos y de curar toda enfermedad conocida, sin recurrir á drogas, á la medicina ni al escalpelo del cirujano.

El te descubrirá por completo los ocultos misterios del Hipnotismo, del Magnetismo personal, de la Curación magnética, etc. El te dirá cómo has de apoderarte rápidamente de esas Ciencias en pocos días y por ti mismo, y cómo puedes ejercer ese poder sobre tus amigos y sobre los que te rodean, sin que tengan de ello la más leve sospecha, métodos nuevos é instantáneos que permiten á cualquiera hipnotizar á sus semejantes con la rapidez del relámpago. Garantizamos el éxito, comprometidos en otro caso al pago de 5.000 pesetas. Ese maravilloso volumen ha sido el punto decisivo de la existencia de centenares de personas, prontas á dejarse arrastrar por la desesperación. Millares de ellas deben su salud, su dicha y sus éxitos financieros á los consejos de ese libro, que está lleno de secretos maravillosos y de asombrosas sorpresas. Se envía un ejemplar gratis y franco á toda persona que lo pida. Como se ha publicado en español, italiano, francés, alemán é inglés, puede hacerse el pedido en el idioma que más convenga. Franquéese la carta con sello de 25 céntimos, ó empléese una tarjeta postal de 10 céntimos.

DIRECCIÓN:
NEW-YORK INSTITUTE OF SCIENCE
Dept. 128. Z., Rochester, N. Y. (E. U. de A.)

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

HISTORIA GENERAL
DEL ARTE

*Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Géptica, Indumentaria, Tejidos*

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadrados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**

VINO
AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 809-811, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".

FUMOUZE - PARIS

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Nueva York.—Extravagancias yanquis. Una antigua caballeriza convertida en casa de te. (De fotografía comunicada por Carlos Delius.)

Los Estados Unidos tienen fama de ser la nación de las grandes excentricidades, y la verdad es que esta fama no deja de ser, hasta cierto punto, merecida, ya que con gran frecuencia alguna nueva rareza allí ocurrida viene a confirmarla. El grabado adjunto es reproducción de una de las últimas extravagancias concebidas por el industrialismo yanqui. En la avenida 24 de la ciudad de Nueva York, había una caballeriza antigua y muy reputada, la de Aston; pues bien, un industrial ha concebido recientemente la idea de convertirla en casa de te, sin cambiar casi nada de su instalación interior, y así vemos que subsisten las vallas de separación, entre las cuales y en el sitio que antes ocupaban los caballos,

hay instaladas las mesitas. Como se ve, todo en el establecimiento conserva el carácter del objeto á que antes estuvo destinado, y para que la ilusión sea completa los criados van vestidos de jockeys, con los colores blanco y gris, que eran los de la caballeriza.

La cosa parece que ha sido muy bien aceptada por la buena sociedad neoyorkina. Por supuesto que en la población de la inmensa metrópoli hay elementos abundantes para todo, lo cual quiere decir que si algunos frecuentan con gusto la caballeriza transformada en casa de te, otros, sin duda los más, seguirán acudiendo á los lujosos establecimientos montados *ex profeso*, á los *tea rooms*, en donde imperan la elegancia, el *confort*, el buen gusto y la riqueza.

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ta} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA MARCA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pose y conserva el cutis limpio y terso

Paris B^{te} St-Denis, 46

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.